

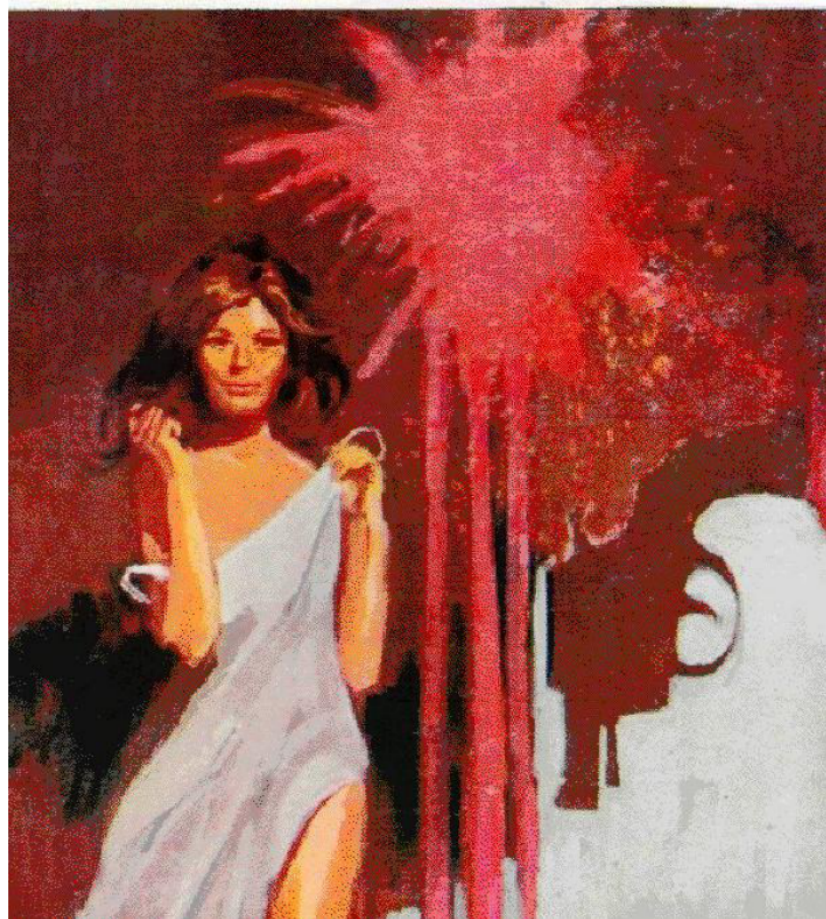
BOX LIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

ESCULTURA DE CARNE Y SANGRE

Burton Hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

ESCULTURA DE CARNE Y SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 798
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 25.254 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1977

© Burton Haré - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.384 — La cita de los muertos.

En Colección **PUNTO ROJO:**

795 — Matar es cosa de locos.

En Colección **LA HUELLA:**

130 — El funeral de las ratas.

CAPÍTULO PRIMERO

Era su primer día de hombre libre.

Le costaba aceptarlo, a pesar de lo que le había costado conseguir una libertad momentánea, que terminaría tan pronto iniciase el trabajo que siempre había ambicionado.

Pero de momento era un hombre libre, con unas semanas de vacaciones a las que era preciso sacar todo el jugo posible, y si en un lugar como Miami Beach no le sacaba algo más que jugo, más valdría que empezase a pensar en una jubilación anticipada.

Descendió al bar y tomó un refresco. Luego, vestido solo con el *slip* de baño, salió a los jardines en busca de la diosa rubia.

No la vio por ninguna parte. Luego, cual una aparición, ella surgió de la piscina y todas las cabezas masculinas giraron con ojos encandilados.

La muchacha rubia tenía un cuerpo lleno de curvas, espléndido y dorado. Sus pechos quizá fueran un poco más exuberantes de lo que exigía la moda actual, pero a ella parecían satisfacerla. Se sentía orgullosa de sus senos, tanto, que casi los mostraba en toda su espléndida agresividad, sujetos apenas por un minúsculo pañuelo anudado a la espalda.

Daley Green extasió la mirada en aquella vital personificación de la feminidad. La recorrió casi con devoción, porque él mejor que nadie tenía buenas razones para apreciar aquella escultura de carne que caminaba pausadamente a su encuentro, balanceando armoniosamente sus firmes caderas. La parte inferior del bikini era tan diminuta que habría cabido holgadamente en un paquete de cigarrillos, y es posible que aún hubiera quedado sitio para las cerillas. Sus muslos prietos tenían la medida justa para resultar hermosos y esbeltos, como remate de unas piernas largas, con la línea precisa para que fueran las más perfectas que él recordaba haber contemplado jamás.

—Hola, Daley —runroneó la aparición—. Te retrasaste.

—O tú te anticipaste. ¿Cómo está el agua?

—Deliciosa.

—Vamos a chapuzarnos juntos, preciosa.

—Yo ya tengo suficiente. Báñate tú mientras yo voy al *bungalow* y me arreglo un poco.

—No necesitas mucho tiempo para eso. Sólo con que te quites esos dos sellos de correos que llevas y estarás tan hermosa como la diosa del amor.

—No seas cursi. Necesito una ducha tibia, y arreglarme un poco el pelo... Media hora, ¿sí?

—Me parece mucho tiempo.

Ella rió. Tenía una boca capaz de provocar un tumulto, y a Daley le aceleró el ritmo cardíaco.

—No seas impaciente. Media hora y me encontrarás esperándote.

La vio alejarse por el sendero que conducía al grupo de pequeños y elegantes *bungalows* del hotel. Cuando hubo desaparecido, Green corrió a la piscina y se zambulló en un gran salto.

Con sólo asomar la mirada por encima del agua podía contemplar toda una colección de damitas esculturales. Docenas de muslos, incontables senos y retocadas cabezas llenas de peinados caros y vacías de ideas.

Estuvo muy contento al llegar a la conclusión de que ninguna de ellas podía parecerse siquiera a la hermosa walkiria rubia que estaría aguardándole dentro de poco, ansiosa y fulgurante de deseo.

Salió del agua y se sacudió como un perro mojado.

Fue hacia donde había dejado sus cosas y tras secarse un poco con la gran toalla de baño encendió un cigarrillo y se tendió al sol, sobre una tumbona de vivos colores.

Al fin se levantó. No pocas de las sofisticadas damitas que se tostaban a conciencia le miraron. Daley Green tenía un tipo tarzanesco que gustaba a las mujeres, producto de los incesantes entrenamientos a que se había sometido durante años. En cierto modo, con un poco de narcicismo por su parte, se enorgullecía de la dureza de sus músculos.

Anduvo despacio, prolongando de modo infantil esos últimos

minutos antes del primer beso. El sendero discurría entre los cuidados jardines del hotel. Millares de plantas tropicales lo sombreaban, incluso entre los desperdigados *bungalows*, que parecían formar parte del paisaje, como crecidos lo mismo que otra planta cualquiera.

El de la muchacha rubia era el número nueve y estaba detrás de unas gigantescas palmeras.

Justo cuando llegaba a ellas, un hombre salió del *bungalow*. Daley se quedó perplejo porque el tipo llevaba una gabardina en plena canícula, con un sol capaz de derretir las piedras. Además, llevaba un sombrero tipo *panamá*.

Y salía de la vivienda de la rubia.

—¡Eh, usted, párese ahí! —gritó.

El hombre giró un instante la cabeza. Daley sintió un escalofrío, porque aquello no era una cara. Tardó unos instantes en comprender que el desconocido llevaba una especie de máscara que aplastaba sus facciones, tal vez una media.

El extraño sujeto echó a correr. Green dio otro grito y también corrió, pero para entrar en la casa sumamente inquieto.

Sólo cruzar el umbral descubrió las huellas rojas en el suelo. Huellas de zapatos, impresas con sangre.

Sintió un nudo en el estómago y balbució:

—¡Maud! ¿Estás ahí? ¡Maud!

Se internó en la penumbra suave del *bungalow*, notando cómo el corazón le golpeaba salvajemente contra las costillas.

La muchacha rubia yacía en el baño, como flotando en un mar rojo. Tenía las facciones desencajadas por el horror, un tremendo corte en la garganta que casi la había decapitado, y otra cuchillada le había abierto un enorme boquete en el estómago.

Green se tambaleó. No era el primer cadáver que veía, ni el más destrozado, pero sí era el primero de alguien que le afectase tan directamente.

Retrocedió dominando el temblor nervioso de sus manos. Buscó el teléfono y marcó un número que sabía de memoria.

Cuando respondieron gruñó con voz pastosa:

—Póngame con el capitán Mantell.

Oyó el chasquido de la comunicación, y después la voz bronca de Mantell.

—Aquí Green, señor.

—¿Teniente?

—Ya no, usted lo sabe.

—Una estupidez la comete cualquiera. ¿Qué le ocurre, ha cambiado de idea respecto a su renuncia?

—No, señor. Estoy en el *bungalow* número nueve del hotel Esmeralda. Hay el cadáver de una mujer aquí.

—¿Asesinada?

—Desde luego, de no ser así no llamaría a Homicidios.

—Muy inteligente de su parte —rezongó el capitán, fastidiado—. Le enviaré un equipo.

—Recomiende discreción, señor. Ya sabe cómo son estos hoteles.

—Muy quisquillosos.

Y colgó.

El hizo lo mismo y no se sintió con ánimo suficiente para volver al cuarto de baño.

Salió fuera. Había una tumbona a la sombra y se dejó caer en ella. Encendió un cigarrillo y trató de recordar cada detalle del asesino.

Estaba entrenado para ese cometido, pero esta vez su experiencia no le sirvió de nada. Supo sin ninguna duda que jamás podría reconocer a aquel hombre.

A menos que alguien más le hubiera visto sin la máscara, claro. Pero eso era más bien improbable...

Vio llegar un discreto coche negro, que se estacionó en el sombrero que protegía los vehículos del ardiente sol.

Tres hombres saltaron del auto. Uno era el teniente Braham, y los otros dos, expertos del Departamento.

Se levantó. Solo entonces advirtió su exiguo atuendo y eso le arrancó un gruñido de disgusto.

Braham se detuvo ante él y ensanchó su sonrisa burlona.

—No estás muy presentable para manejar un asesinato... ¿Qué infiernos estabas haciendo aquí?

—Lo que siempre había soñado. Vivir unos días en un hotel de lujo.

—Estás más loco que un chivo... ¿Está dentro el fiambre?

—Sintió una contracción en el estómago al oír llamar con esa indiferencia a la hermosa mujer con la que estuvo a punto de

acostarse.

—Sí —gruñó—. En el baño. Hay huellas de pies por todas partes.

—¿Viste algo sospechoso, además del cadáver?

—Vi al asesino.

Le contó su experiencia y Braham emitió un resoplido.

—Ese fulano debe estar aún más chiflado que tú, porque con ese atuendo de gabardina y sombrero debió llamar tanto la atención como un marciano, con la temperatura que hace... ¿Vas a entrar?

—¿Para qué? Es un asunto de la policía.

—Y tú ya no perteneces a nuestra desprestigiada secta. Espérame.

Los tres hombres desaparecieron en el interior. Green encendió otro cigarrillo y se recostó en la tumbona.

Pensó en el día anterior, cuando conociera a la muchacha rubia. Una muchacha llena de vida, ansiosa de gozar de sus vacaciones en Miami Beach, el sueño dorado de cualquier chica con la cabeza a pájaros. En Miami era fama que había más mujeres hermosas por milla cuadrada que en cualquier otra parte del mundo.

Pero también pululaban los millonarios ansiosos de aventuras, y de vez en cuando, alguno mordía el anzuelo y se casaba.

Ellas no pedían más, excepto que luciera el sol y dorara sus cuerpos provocativos.

El cuerpo de Maud era dorado. Una perfecta escultura de carne.

Ahora, era ya una escultura de carne y de sangre. Sobre todo, de sangre.

CAPÍTULO II

—¿No sabes si era una media o una máscara?

Green se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo. Tanto podía ser una cosa como otra. Fue solo un segundo que le vi, cuando grité y él volvió la cara.

Braham soltó un taco.

—¡Y en pleno día! —exclamó—. El tipo debe tener los sesos podridos. Habrá que investigar quién era la chica, sus amistades, la familia... Todo eso. Un fastidio.

Daley no replicó. Tenía la mirada perdida más allá de las palmeras, hacia el mar, que refulgía con chispas doradas de sol.

El teniente Braham encendió un cigarrillo y añadió:

—Cuéntame lo que tú sepas de ella. Conoces la rutina mejor que yo, así que dime lo que creas que debas decirme. No te meteré en el informe si quieres quedar al margen.

—No tienes ninguna necesidad de alterar el informe. Conocí a la chica ayer, en la piscina. Era alegre, llena de ansias de vivir. Se llamaba Maud Sheridan y procedía de Nueva York.

—¿Vacaciones?

—Sí. Un mes. Había ahorrado durante dos años para venir a Miami... Trabajaba de secretaria en alguna empresa de no sé qué. Reía cuando me contaba sus planes... Comimos juntos, bailamos por la tarde en la sala de fiestas del hotel...

Su voz se quebró. Braham no supo si por la emoción o por el raudal de ira contra el asesino que burbujeaba en su mirada reluciente.

—Tómalo con calma. No es la primera mujer joven y hermosa que ves hecha pedazos. Este trabajo es una basura y tú lo sabes.

—Pero nunca habían matado a nadie que... que me interesara tan de cerca. ¿Sabes una cosa, Braham? Nos adiestran en todas las técnicas de lucha, nos convierten en tiradores de primera, y cuando

terminamos los cursos de técnicas de investigación somos los tipos más duros de todo el podrido oficio. ¡Maldita sea! No es cierto. Se olvidan de endurecernos el corazón para enfrentarnos a estas cosas.

—Comprendo lo que quieres decir.

Green le miró de reojo.

—Pregunta lo que quieras. Ya pasó.

—Si eso es todo lo que sabes de esa chica, no creo que seguir preguntándote nos lleve a ninguna parte.

—Sé lo que soñaba —murmuró Daley entre dientes—. Había dividido el tiempo de sus vacaciones. Las había planificado como otra de sus tareas de secretaria. La primera semana para dorarse al sol, vivir una fugaz aventura con alguien al que ella pudiera amar y recordar después como un sueño que no duele al despertar. Las tres semanas siguientes...

—Sigue.

—Tenía que cazar un marido. —Green dejó escapar una risa seca y sombría—, un marido rico, por supuesto. Odiaba la oficina, la vida mediocre, las estrecheces... Bueno, lo encontró. Se ha casado con la muerte.

—Si yo estuviera en tu lugar —dijo Braham—, me sentiría contento de que ella me hubiera elegido para vivir ese sueño de la primera semana. Luego, intentaría olvidar. Eso es lo que yo haría.

—Gracias por tu comprensión. Pero aún te quedaré más agradecido el día que caces a esa bestia sanguinaria que la ha matado. Y si cuando eso sucede yo pudiera estar cerca... Ya sabes.

Braham cabeceó.

Estaban sentados en el porche del *bungalow*, mientras en el interior los peritos arrancaban las posibles huellas y hacían su trabajo.

Pasaron unos minutos. Al fin, Graham se levantó.

—Voy a charlar un poco con el director de hotel. Ellos querrán hacer las cosas con discreción y sacar el cadáver sin que nadie advierta lo que sucede... Si regresan los del coche patrulla, díles que aguarden.

Daley asintió y se quedó solo.

Diez minutos después, uno de los peritos salió secándose el sudor con un pañuelo y gruñó:

—Creí que el teniente Braham estaba aquí...

—Se fue a la dirección del hotel.

—Oiga, ¿es cierto que renunció usted, que ya no pertenece al Departamento de Homicidios?

—Ni siquiera a la policía.

—Pues lo ha celebrado en grande, ¿eh? Ese trabajito de ahí dentro es una belleza. Y con el cuerpo que tenía la tía...

—¡Cállese!

El hombre dio un respingo ante la salvaje intensidad del grito. Miró a Green con el ceño fruncido y lo que vio hizo que perdiera el color.

—Éste... lo siento —murmuró.

Y regresó al interior.

Daley volvió a quedar solo y sus pensamientos continuaron tan sombríos como antes. Incluso el hecho de haber dejado la policía ya no le parecía tan buena idea como creyera.

La llegada de los dos agentes de uniforme que Braham había enviado a investigar por los alrededores le distrajo.

Venían sudando porque el sol pegaba con toda su intensidad. Green dijo:

—El teniente volverá en unos minutos. Dijo que le esperasen aquí.

—Está bien... ¡Condenado calor!

El otro empujó su gorra hacia la nuca y comentó:

—El fulano debía estar chiflado. Tan loco como una regadera.

Daley se enderezó:

—¿Alguien se fijó en él?

—¡Ya lo creo! Le vieron correr, con su gabardina y la cara con la máscara, o lo que fuera lo que llevaba. Otra mujer vio a un fulano con gabardina, pero ya con la cara descubierta. No se fijó en su cara, aunque cree que era joven. Y por fin, dos ancianos que estaban sentados en el paseo vieron a un tipo con una gabardina al brazo subir a un sedán blanco y largarse. Aseguran que llevaba sombrero *panamá* y que parecía tener mucha prisa...

—¿Se fijaron en el coche?

—Les parece que era un «Olds», pero no están seguros.

Green reflexionó rápidamente. Era la primera vez en toda su carrera que tropezaba con un criminal de estas características.

Cuando Braham regresó y hubo escuchado el informe de los dos

agentes, masculló:

—No cabe la menor duda que se trata de un maníaco, un loco asesino con grillos en la sesera. Ha dejado un rastro tan ancho como una autopista.

—Pero que no te sirve de mucho. Nadie se fijó en su cara. Y coches blancos en Miami los hay a miles y ni siquiera puedes estar seguro de que fuera un «Oldsmobile».

—Otras veces hemos empezado con menos.

Entró para dar instrucciones a sus hombres. Luego regresó al lado de Green y gruñó:

—Cuando el forense haya dado su visto bueno, los del hotel se ocuparán de sacar el cadáver discretamente. ¿Quieres quedarte aquí hasta entonces o...?

—No, gracias. Creo que iré a vestirme y a dar una vuelta por alguna parte.

—Muy bien, Green. Y cálmate.

—Hay algo que quisiera pedirte...

—Suéltalo. Las hemos pasado moradas juntos mucho tiempo para que ahora nos andemos con rodeos. ¿De qué se trata?

—Primero... Si por casualidad ella no tuviera familia..., si no hubiera nadie que reclamara su cuerpo desde Nueva York, avísame.

—Dalo por hecho. ¿Qué más?

Daley levantó la mirada del suelo y clavó sus ojos, que brillaban de un modo muy raro, en los de Braham. Con voz semejante a un chirrido, dijo:

—Si descubres a ese hijo de perra, llámame.

—Comprendo cómo te sientes, pero...

—¡Llámame!

Green giró sobre los pies y se alejó.

Ya en su aposento, se metió bajo una ducha fría y dejó que el agua se llevara parte de su nerviosismo. Luego se vistió y cuando hubo terminado se sorprendió al darse cuenta que no tenía nada que hacer, y, lo que aún era más extraño, no sabía tampoco qué podía hacer.

Durante años su vida había estado regida por la disciplina policíaca. Ahora era completamente libre, hasta que pusiera la bonita placa sobre la puerta de las oficinas que había alquilado y que estaban decorando.

Encendió un cigarrillo y salió a la terraza, sombreada por un enorme toldo verde. Había hermosas plantas tropicales en grandes jardineras, una mesa y sillones de cromo y lona. Se hundió en uno de ellos. En alguna parte, alguien hablaba muy alto, pero ensimismado como estaba tardó unos segundos en caer en la cuenta que las voces llegaban de la habitación de la derecha.

Eran un hombre y una mujer, y a juzgar por el tono que empleaban no tenían uno de sus mejores días precisamente.

—¡Siempre supiste que me acostaba con él!

Green enarcó una ceja, porque era la mujer quién había dicho eso, y porque de cualquier modo resultaba algo más que chocante.

El hombre replicó:

—¡Si lo hubiese sabido, esa rata estaría ahora pidiendo limosna en el arroyo, que es de donde le saqué!

—No dramatices. Te has enriquecido gracias a él.

—¿Y debo pagarle autorizándole a acostarse con mi mujer? Eres una sucia zorra, eso es lo que eres. Todo lo demás, todos tus argumentos, son sólo pobres excusas para justificar ante ti misma la basura que tienes en lugar de corazón.

—Siempre supiste hacer bonitas frases, querido... pero con frases o sin ellas quiero el divorcio. Sin escándalo si es posible, pero no me importará en absoluto si hasta los periódicos hablan de lo nuestro. Entonces saldrán a relucir cosas que no te gustarán.

—No me amenes, perra. A estas alturas ya deberías conocerme para saber lo que puedes esperar de mí. Voy a darte algo más que el divorcio, o con el divorcio.

Fastidiado, Green se levantó. Era lo único que le faltaba, una disputa doméstica, y de semejante calibre.

El hombre añadió:

—Voy a darte un puntapié que te devolverá adonde perteneces, «querida»... Al arroyo, a la suciedad y al prostíbulo. Es lo único que obtendrás de mí, y me gustará ver cómo cubres tus lujos en compañía de tu apasionado galán..., que tampoco se llevará un centavo del negocio...

Green se largó echando chispas.

Justo cuando cerraba la puerta, la de al lado se abrió violentamente y una mujer salió casi corriendo.

Era alta y elegante, con esa belleza sofisticada de la mayoría de

mujeres de cierto nivel social.

Su bonita cara estaba contraída por la ira. Pasó junto a Daley sin verle, refunfuñó entre dientes y desapareció en las escaleras.

El expolicía oyó cerrarse la puerta vecina. Se encogió de hombros y descendió al bar.

Pensó que le gustaría emborracharse. Eso sería una gran cosa.

Aunque no le llevase a ninguna parte, claro.

CAPÍTULO III

Dentro del sensacionalismo en un caso de sangre, los periódicos se mostraron particularmente discretos con la noticia.

Tan discretos que después de describir el escenario del crimen, mencionaban que había tenido lugar en «un lujoso hotel», pero nada más. Ni el nombre del hotel, ni siquiera que se trataba de un hotel de la playa de Miami Beach.

Espantar a los turistas era un crimen aún mayor que ese que reseñaban.

Daley Green acabó de leer los periódicos y soltó un gruñido. Había liquidado su cuenta, muy breve, y acababa de desayunar. Las maletas estaban ya en su coche y se aprestaba a abandonar aquel lujoso paraíso porque, de golpe y porrazo, sus ansias de vacaciones, de descanso y de paz se habían esfumado.

No vio al teniente Braham hasta que se detuvo junto a su mesa, en la terraza que se extendía entre palmeras, sobre la piscina y los jardines.

—Acaban de decirme que te largas de aquí —comentó su excolega, sentándose con gesto cansado.

—Es cierto.

—Algo debe funcionar mal en tu cabeza. Nadie en su sano juicio abandonaría un lugar como éste voluntariamente. Sólo con ver a las nenas que se exhiben ahí abajo, en la piscina, es como para convertirse en residente permanente.

—Yo pensaba lo mismo que tú, hasta ayer.

—Claro. ¿Leíste los periódicos?

—Sí. Gracias por no mencionar mi nombre.

—Fue fácil. No les dijimos apenas nada de nada.

—¿Has sacado algo en limpio de las pistas de ese bastardo?

—Sabemos cómo es. Joven, delgado, de un metro setenta de estatura aproximadamente, unos sesenta kilos de peso, cara pálida,

cabello negro y casi con seguridad tiene los pies planos. Eso, a juzgar por cómo corría.

—Tal como dijiste ayer, otras veces se ha empezado con menos. ¿Y el coche?

—Hablé con los ancianos que lo vieron. Es un «Oldsmobile», seguro. De color blanco y del último modelo, tipo sedán.

Green encendió un cigarrillo. Dejó vagar la mirada por el jardín y gruñó:

—Daría diez años de mi vida por tenerlo entre mis manos un rato, aunque sólo fueran cinco minutos.

—Sí, ya sé lo que quieres decir. La chica... tenía una hermana. Ya está en camino desde Nueva York.

Green hizo un gesto ambiguo.

—Si no hubiera tenido familia, yo...

—Ya lo sé, muchacho. Se lo dije al capitán y estuvo conforme en que te hicieras cargo del cadáver si no aparecía ningún familiar. Estamos cribando toda la ciudad en busca de degenerados, delincuentes sexuales, violadores, estupradores y toda esa morralla. La policía de Miami colabora a fondo esta vez.

—¿Y los manicomios?

—Sanatorios, Green, sanatorios y casas de reposo según la nomenclatura oficial. Por lo visto, hasta la idea de que en Florida hubiera manicomios podría espantar al turismo. Bueno, lo estamos investigando también, por si algún chiflado ha escapado en los últimos días, o si han dejado en libertad a alguien cuyas características se ajusten a las de nuestro hombre. Ya sabes cómo son estas cosas..., llevan tiempo.

—Sí, ya sé. Lo malo es que si se trata realmente de un loco sanguinario puede volver a matar.

Braham suspiró.

—Contamos con que matará otra vez antes de echarle el guante. A menos que su demencia sea de la clase que se dispara muy de tarde en tarde. Ése es un punto en el que nuestros siquiatras no están de acuerdo, porque unos creen que... ¿Qué estás mirando?

Lo vio cuando siguió la mirada de Green. Era una dama espléndida y sofisticada que acababa de sentarse a una mesa, bajo un colorido parasol, y que discutía con el camarero la composición de su desayuno.

Braham enarcó las cejas.

—¿También conoces a ese bombón?

—No personalmente. Es mi vecina de cuarto... una dama muy especial. Oí una discusión con su marido y te aseguro que fue edificante. ¿Qué decías de los siquiátras?

El teniente aún mantuvo su atención unos instantes sobre la espectacular mujer rubia. Luego volvió a la realidad.

—Unos opinan que nuestro loco es un tipo perfectamente normal durante largos períodos de tiempo. Ya sabes... De pronto se les dispara un resorte oculto en sus podridos sesos y matan. Pero hay quien cree que el tipo está como una regadera casi de modo permanente y que puede matar en cualquier instante, sin períodos determinados. Dicen que quizá mata impulsado por motivaciones sensoriales o algo así. El doctor Jaralson opina también que puede tratarse de un individuo cuya tara mental obedece a un resentimiento contra cierto tipo de mujer en particular...

—¿Uno de esos traumas infantiles?

—Pudiera ser. Quizá en su infancia cobró un odio enfermizo contra una mujer determinada. Una institutriz, una maestra, una amante de su padre que provocara la ruptura del matrimonio. Sea del tipo que sea, nos volverá locos a nosotros si decide repetir su hazaña.

—Te ha caído todo un regalo, ¿eh?

—Y tú que lo digas. —Braham suspiró y dio otro vistazo a la rubia espectacular. Preguntó con sorna—: ¿Ése es el marido?

Green ladeó la cabeza. Vio a un hombre alto, fuerte, y aparentemente más joven que la mujer. Muy bien parecido, se inclinaba hacia ella en actitud confidencial.

—No lo sé. No conozco al caballero cornudo. Pero me inclino a creer que se trata del amante. No se anduvieron por las ramas al hablar de él.

—Reconoce que por una mujer como esa cualquiera puede perder el seso.

—No te parecería tan atractiva si hubieses oído su modo de expresarse... Bueno, Braham, creo que ha llegado la hora de largarse de aquí.

—¿Vas a empezar a trabajar de inmediato?

—Aún tardaré unos días. Están terminando la instalación de la

oficina.

Se levantaron. El teniente comentó:

—Se me ocurre que tal vez debas reservarme una plaza en tu negocio, muchacho.

—¿Piensas abandonar la policía tú también?

—Voluntariamente, no —rió Braham—, pero si este caso se complica no me sorprendería que alguien empezase a pedir cabezas de polizontes para tranquilizar a la opinión pública. Ya sabes cómo son estas cosas.

Echaron a andar hacia la salida. Al pasar junto a la hermosa mujer rubia y su acompañante, vieron que estaban muy amartelados, con las manos juntas. Green opinó:

—Ése es su amor de turno, seguro. A su marido no le acariciaría las manos de ese modo... Más bien le apretaría el pescuezo si pudiera.

—Estás convirtiéndote en un chismoso. Apuesto a que resultarás un buen detective privado.

Cuando, después de despedirle, Daley puso en marcha su coche, pensó con melancolía en lo que dejaba atrás. En cierto modo, era como si se alejara de un sueño acariciado durante mucho tiempo, pero que de repente se había convertido en una pesadilla de sangre...

CAPÍTULO IV

El Palladium había gozado de lujo, fama y riqueza unos años atrás, cuando el imperio de los *gangsters* de postín tenía a Miami como cuarteles de invierno.

Una noche hubo un tiroteo en el local, murieron cinco o seis clientes que no tenían nada que ver con los pistoleros, y el escándalo que siguió obligó a las autoridades a clausurarlo para acallar el clamor de protestas ciudadanas.

Unos años más tarde, alguien que pensó hacer el negocio de su vida compró lo que quedaba del *cabaret*, lo remozó y lo puso en marcha.

Perdió hasta las pestañas.

Luego cambió de mano una y otra vez, perdiendo un poco de categoría en cada nueva singladura, hasta acabar en lo que era actualmente: un tugurio de medio pelo donde se daban espectáculos más o menos eróticos, con *strip-tease* llevado hasta sus últimas consecuencias, bailarinas de abanicos que luchaban por revivir viejos laureles, y una clientela que, a decir verdad, esos espectáculos no les daban ni frío ni calor, quizá porque entre ellos, en la intimidad, los representaban mucho más descarnados.

La bailarina de abanicos que actuaba esta noche se llamaba Britta Maler, era pelirroja y poseía los atributos precisos para que la apoteosis final de su número hiciera salir chispas en los ojos de los espectadores.

Sus pechos eran grandes, firmes, y mostraban descaradamente los rosados pezones bajo la luz de los focos.

Los abanicos, en su ingenioso velar y desvelar, dejaban al descubierto también sus fuertes caderas y unos muslos que habrían envidiado las esculturas griegas. Toda ella parecía hecha para ese trabajo, o los que realizaba particularmente una vez fuera del

cabaret.

Cuando terminaba su último número, Britta abandonaba el escenario, todavía sonando los desvalidos aplausos, se encerraba en el camerino y, si no tenía ninguna cita previa, se vestía sus ropas de calle y se largaba a dormir, cansada y fastidiada por una vida que no le había dado ni una décima parte de lo que, cuando empezara en los escenarios, había soñado.

Esa noche fue como muchas otras. Salió por la puerta del callejón y caminó hacia donde tenía su coche. Oía el rumor del canal, y el zumbido del tráfico de la avenida flanqueada de palmeras a la que se abría la fachada principal del *cabaret*.

Tenía el coche estacionado en el extremo del callejón. Era un sitio seguro en el que aparcar, porque resultaba demasiado oscuro y sucio para que los clientes atinaran a llevar los suyos.

Cansada como de costumbre, Britta abrió la portezuela y se dejó caer en el asiento. Estaba tan fastidiada que ni siquiera advirtió que al abrirse la portezuela no se encendía la luz del techo.

Introdujo la llave de contacto y antes de poner en marcha el motor se quedó unos segundos inmóvil, recostada contra el respaldo, los ojos cerrados, sin pensar en nada, sólo sabiendo que cada noche se sentía más vacía y asqueada de una vida gris y mediocre, a la que era imposible encontrarle aliciente alguno.

De pronto advirtió que alguien más respiraba dentro del coche. Captó como un jadeo contenido, como el que produciría un animal al acecho.

Abrió los ojos, sobresaltada, y se enderezó. Por el espejo retrovisor distinguió la oscura silueta a sus espaldas.

—¿Quién diablos...? ¡Salga de mi coche!

Volvió la cabeza, furiosa. Un ramalazo de pánico la recorrió de la cabeza a los pies, porque la cara que la miraba desde la negrura no era siquiera una cara. Parecía una cosa fofa y aplastada, en la que brillaban, opacos por la seda de la media que llevaba como máscara, unos ojos malévolos como el infierno.

Instintivamente tendió la mano para abrir la portezuela y escapar.

Del compartimiento posterior brotó una mano en la que brillaba un cuchillo. Describió un arco centelleante y el acero cayó sobre la mano como una guadaña.

El dolor espantoso que sacudió a la mujer le impidió hasta gritar. Boqueó tratando de aullar salvajemente, porque ante sus ojos veía su propia mano casi cercenada, colgando de los girones de carne como un pingajo.

Una mano cubierta por un guante negro atrapó sus cabellos y tiró de la cabeza hacia atrás.

Al fin la voz volvió a su garganta y emitió un alarido ronco, brutal y breve que expresó todo el dolor del mundo, y el pánico cervical que convertía las sensaciones en un caos.

El cuchillo goteaba sangre. Su propia sangre. Lo vio cuando se alzó sobre su cara. Incluso unas gotas rojas le salpicaron los ojos.

Después, su segundo alarido murió en la garganta, o tal vez escapó, siseando, por el lacerante boquete que la cuchillada abrió en el cuello.

Britta ya no sintió nada más porque estaba muerta. Sin embargo, el cuchillo, como manejado por un monstruo escapado de las tinieblas del mal, continuó subiendo y bajando, sacudido por el frenesí de la insania y la crueldad.

Podía oírse el chapoteo de la sangre y de la carne al ser lacerada por el acero. Después, el golpe de una portezuela, y unos pasos rápidos alejándose por el callejón.

El portero del *cabaret* vio la extraña figura cubierta por una gabardina y un sombrero *panamá* y estuvo un rato mascullando contra esos idiotas, *hippies* y demás fauna, que intentaban destacar de su mediocridad a base de vestimentas estrafalarias.

El pobre hombre no podía saber hasta qué punto era estrafalario aquel siniestro personaje.

Los periódicos del día siguiente lanzaron la noticia en grandes titulares. En este caso no había ninguna influencia que los frenara, de modo que publicaron los detalles de una brutalidad sin límites, fotografías que amargaron el desayuno de las buenas amas de casa, y un relato espeluznante del loco asesino que se complacía en despedazar a sus víctimas.

Sus víctimas femeninas. Era la primera piedra de la ola de pánico.

Daley leyó todos los reportajes sintiendo cómo se le revolvía el estómago, porque leerlo era como revivir su propia experiencia al

encontrar a la hermosa Maud Sheridan flotando en su propia sangre.

Vestido solo con el pantalón del pijama, en su apartamento, descolgó el teléfono y llamó a Braham.

Le dijeron que el teniente estaba en la Morgue y que no sabían cuándo regresaría.

Se vistió y fue a su encuentro.

El depósito de cadáveres de la ciudad de Miami no tenía nada de siniestro, ni siquiera lúgubre. Era un lugar blanco, aséptico, que cualquiera tomaría por el consultorio de un hospital.

Sólo que allí, todos los casos eran mortales por anticipado.

Braham discutía con los forenses cuando llegó. Green pensó que lo único desagradable en aquel ambiente era el frío y el penetrante olor del formaldehído.

—Otro —dijo Braham cuando se reunió con él—. Lo ha repetido.

—Tus siquiátras acertaron. Es un loco de remate.

—Pero un loco que va a conseguir poner en pie a toda la ciudad. Habrías de oír al alcalde, y al comisionado. Están ladrando contra los torpes policías... ¿A qué has venido? —preguntó de repente, en un brusco cambio de tema—. Esa dama hecha tiras no era nada tuyo, supongo.

—Ni siquiera sé quién es. Sólo lo que leí en los periódicos. Pero quiero saber si se trataba del mismo criminal.

—Eso puedes jurarlo. Además, también fue visto por el portero del *cabaret* donde trabajaba esa desgraciada. Un tipo delgado, con gabardina y sombrero *panamá*. Debe ser una especie de uniforme para ese engendro.

—¿Y la chica?

—Una bailarina de abanicos. Sin éxito. Dedicaba más tiempo a acostarse con sus «clientes» que a ensayar sus números. En vista de eso, creo que el fulano elige sus víctimas a voleo, según le salen al paso o algo así. Esa pobre chica no podía tener la menor relación con tu amiga del hotel.

—¿Qué dicen los médicos?

—Dejando a un lado sus tecnicismos que no entienden ni ellos mismos, aseguran que el tipo utilizó un cuchillo de hoja estrecha, de unas diez pulgadas de largo y con filos tan aguzados como los de una navaja de afeitar. Que la atacó por la espalda, lo que ya

sabíamos dada la manera como encontramos el cuerpo, dentro del coche. Lo de que el cuchillo es muy afilado, lo deducen del corte que casi le cercenó la muñeca izquierda.

Braham subió las escaleras y los dos salieron del edificio. El sol deslumbraba en una mañana de intenso calor.

—Vamos a tomar un trago —propuso el teniente—. Hay un bar ahí, en la esquina.

Pidieron refrescos y después Green murmuró:

—Si yo fuera un psiquiatra, me haría una pregunta para la que no encuentro respuesta.

—¿De veras?

—Supongamos que se trate de ese loco de remate que ellos aseguran. Supongamos que mata acosado por un trauma como el que describió el doctor Jaralson, o sea, que en su podrido cerebro existe un odio satánico contra un tipo determinado de mujer. Démoslo por cierto, Braham. Quizá una niñera que le maltrató en su infancia, o una maestra, o una amante de su padre que destruyó su hogar infantil...

—¿Y...?

—Si todo eso es cierto, ¿por qué infiernos no ha empezado a matar hasta ahora? No es ningún niño, si hemos de creer que mide aproximadamente un metro setenta centímetros. ¿Por qué ha esperado todos estos años a dar rienda suelta a su odio?

—Ya veo...

—Te repito que es una idea que me asaltó esta mañana, cuando leí los periódicos.

—Le haré esa pregunta al doctor Jaralson. Esos reductores de cabezas tienen respuestas para todo, pero me gustará oír ésta. Y ahora dime por qué diablos estás tan interesado en este asunto. Ya no eres policía, Green.

—Bueno, aún no me han entregado la oficina, de modo que sigo sin nada que hacer. Pero principalmente quisiera contribuir a cazar a esa mala bestia, Braham, y tú sabes por qué.

—Claro. Y aceptaré todas las ideas que se te ocurran, pero de modo personal, muchacho. No quiero jugarme el puesto a menos que me ofrezcas tú un empleo.

—Amigo, hasta que el negocio empiece a marchar, creo que tendré trabajo para sostenerme yo.

Braham rió entre dientes.

—Sigue pensando en el caso, Green, y si se te ocurre algo, avísame. Cambiaremos ideas si te parece, pero cuando llegue el momento de echarle el guante ya me ocuparé de que estés lo bastante lejos de ese bastardo para que yo pueda llevarlo ante el jurado de una sola pieza. ¿Entiendes?

—Sí, no puedes hacer otra cosa, porque si yo le echara las manos encima ya no habría ninguna necesidad de juzgarle.

—Por eso me encargaré de que no le toques. Te conozco, compañero.

Abandonaron el bar para sumergirse de nuevo en el sol.

Miami despedía oleadas de calor que flotaban en la quieta atmósfera, casi visibles como una neblina.

Al despedirse, Braham gruñó:

—¿Sabes qué me gustaría? Largarme a la playa sin más, zambullirme en el agua y olvidar toda esta pesadilla. Con seguridad encontraría una nena con la que compartir el tiempo antes de llevármela al apartamento. Y tú, que puedes hacerlo, te quedas dando vueltas por ahí como un perro rabioso. Debes estar un poco chiflado.

Puso el coche en marcha y se alejó.

Green consideró la idea de su amigo. Era una buena idea, después de todo.

Sólo que no estaba de humor para ello, de modo que sin dejar de pensar en los crímenes del loco sanguinario, regresó, sin prisas, a su propia casa.

La idea que le inquietaba profundamente era la posibilidad de que, en medio de tanto horror y tanta sangre, aquel engendro del infierno volviera a matar.

CAPÍTULO V

Dos días después, la policía seguía cribando la ciudad pulgada a pulgada, acosada por los periódicos, los políticos y el público, que continuaba aterrorizado ante la sola idea de que los dos sangrientos crímenes fueran obra de un perturbado que podía volver a matar una y otra vez, sin motivo aparente, descargando lo que fuera que llevara dentro, contra la primera mujer inocente que se cruzara en su camino.

Daley Green colgó el teléfono, satisfecho. Acababan de notificarle que la decoración de la oficina estaba prácticamente terminada, y que al día siguiente podría ocuparla, iniciando así su nueva profesión.

Encendió un cigarrillo, satisfecho. Su satisfacción sólo se esfumaba cuando volvía a pensar en los sangrientos crímenes del loco, que aún andaba suelto.

Entonces llamaron a la puerta. Tal vez fuera Braham con alguna noticia esperanzadora.

Abrió y se quedó, sin aliento, porque quién estaba en el umbral era una mujer a la que había que mirar dos veces para asegurarse de que era real, y no un sueño delirante.

—Hola... —balbució.

—¿Es usted el señor Green?

—Seguro. Entre.

Se apartó a un lado. No podía apartar la mirada de aquellos grandes ojos azules, y eso, teniendo en cuenta todos los demás atributos del esplendoroso cuerpo de la muchacha, era un tanto sorprendente.

De pronto, la idea le asaltó como un rayo, porque aquella mirada profunda, recta y leal no era la primera vez que la veía.

—Usted es la hermana de Maud —dijo, seguro de acertar.

—Sí... Me llamo Mónica.

Cerró la puerta y la guió hasta la terraza, sombreada por un toldo a rayas blancas y verdes.

—Siéntese ahí..., hace un calor pegajoso dentro.

—Usted... encontró a mi hermana, ¿no es cierto?

—Sí, y eso sólo puede habérselo dicho la policía, porque los periódicos no me mencionaron.

—Fue el teniente Braham.

—Claro. ¿Desea algo de beber? Me temo que sólo pueda ofrecerle *whisky*...

—Si tiene un poco de hielo estará bien, gracias.

El se apresuró a preparar dos vasos y luego fue a sentarse frente a la bellísima muchacha.

—El teniente Braham también me dijo que usted se había ofrecido a... ocuparse de mi hermana si no hubiera tenido familia.

—Es cierto. Simpatizamos mucho y... Bueno, al diablo con todo eso. Yo fui su amigo durante unas horas. El único que tuvo aquí, eso es todo.

—Por eso he venido. Quiero agradecerérselo y...

—Siga. Puede hablar con entera libertad.

—Es sobre su muerte. He visto el cadáver...

Su voz se quebró y empezó a llorar mansamente.

El encendió dos cigarrillos y le ofreció uno.

—Cálmese. Sé cómo debe sentirse.

Cuando pudo calmarse fumó en silencio unos momentos.

—Usted... ¿usted cree que fue un demente quien la mató?

—No me cabe ninguna duda. Ni a mí, ni a la policía. Ha cometido ya otro crimen semejante.

—En cierto modo, es un consuelo, ¿sabe? Al menos sé que no fue por algo que ella hubiera hecho o provocado. Mi hermana parecía destinada a meterse en líos. Por eso temí... Bueno, ya sabe lo que quiero decir.

—Creo que sí. Beba un poco, se sentirá mejor.

La observó mientras bebía. Tenía un cuerpo que superaba incluso al de su hermana. También era más joven que ella, y a pesar de su juventud había alcanzado la plenitud de una mujer.

—¿Qué va a hacer ahora con el cuerpo, enterrarlo aquí o llevárselo a Nueva York?

—La enterrarán mañana a las once, aquí, en Miami Beach. Creo

que... a ella le habría gustado. Suspiró durante años para venir.

—Me contó eso.

Hubo otra larga pausa, antes de que ella se atreviera a decir:

—Ese amigo suyo policía me dijo que las cosas de mi hermana estaban depositadas en el hotel. He de retirarlas de allí, pero ignoro cuándo emprenderé el regreso. Además..., no me atrevo a ir yo sola... al lugar donde la mataron...

—La acompañaré. Y en cuanto al equipaje, no se preocupe. Podrá dejarlo aquí, en mi apartamento, hasta que decida volver a Nueva York.

—No me atrevía a pedírselo directamente.

—Le aseguro que por el momento no tengo ninguna otra obligación, excepto servirle de guía si usted me lo permite.

Pensó que estaba dispuesto a hacerlo aunque ella no se lo permitiera, porque a medida que pasaban los minutos experimentaba una mayor atracción hacia aquella bellísima muchacha que, no por parecer tan desvalida, era menos sugestiva.

Esperó a que la muchacha estuviera serena y más tranquila, y luego salieron del apartamento hacia el hotel.

CAPÍTULO VI

El sol se filtraba por la oscilante cortina que cubría la terraza, creando una luz difusa y suave en el interior de la habitación, donde Elinor Michener acabó de quitarse las ropas y suspiró, rebosante de vida y sensualidad.

Se miró en el espejo, complacida de su cuerpo macizo y firme, de pechos agresivos y caderas quizá un tanto ampulosas, pero tan atractivo como el de la propia diosa del amor.

Desnuda, preparó dos vasos con *whisky* y unos dados de hielo, y apenas hubo dejado los vasos sobre la pequeña mesita de centro llamaron a la puerta.

—¿Quién? —indagó, segura de la respuesta.

—Joe —dijo una voz.

Abrió, manteniéndose detrás de la puerta.

El hombre entró. Era alto, fuerte, atractivo.

Cerró la puerta y se la quedó mirando con los ojos relucientes de deseo.

—A veces pienso que esa manía de andar desnuda es como una enfermedad, amor mío —comentó, sonriendo.

—Si no te gusta puedo vestirme en un minuto.

—¿Para qué?

La estrechó entre sus brazos y sus bocas chocaron con violencia, como si en un beso casi brutal quisieran fundirse el uno en el otro.

El la levantó en vilo sin dejar de besarla, sintiendo en sus manos el cálido palpitante de la piel suave, tibia y estremecida de placer anticipado.

Poco a poco la depositó sobre el lecho y se quedó mirándola fascinado. Llenó de besos su piel y Elinor balbuceó algo con voz ronca.

—¿Qué dices?

—Había preparado unos vasos... pero tú eres tan impetuoso,

querido... Están en la mesita.

El fue a buscarlos y le ofreció uno a la mujer, que se incorporó sobre un codo, mirándole con chispas de ansias retenidas en sus bonitos ojos.

Joe Rubin bebió un sorbo y chasqueó la lengua.

—El mejor *whisky* que he bebido en mi vida. Hay que reconocer que en cuestión de licores, tu marido es un experto.

—¿Sólo en licores?

—Debería decir que también en mujeres, puesto que te eligió a ti..., pero pensándolo bien, no puede ser experto en mujeres quien deja perder un amor como el tuyo, Elinor.

—Eres un sol, amor mío...

—¿Le hablaste del divorcio otra vez, por la noche?

—¡Pues claro que sí! Le machaqué una y otra vez, y seguiré haciéndolo hasta conseguirlo, o hasta que se vuelva loco y se tire por la terraza.

El se echó a reír.

—Eso sería la solución ideal —comentó con sorna—, nos ahorraría un sin fin de problemas.

—Fred no es de los que se suicidan, querido. En todo caso, es la clase de hombre que consigue que otros se suiciden por su culpa.

El se echó a reír. Apuró el licor y abandonó el vaso, riendo todavía.

—Con nosotros no le valdrá esa «cualidad», querida mía. Le conocemos muy bien —dijo al fin, volviendo a besarla.

Cuando pudo librar sus labios de aquel cepo absorbente, la mujer balbuceó:

—Te quiero, amor mío..., y te querré siempre. No importa lo que él haga. Con divorcio o sin él, seré siempre tuya...

Joe Rubin sonrió y se quedó mirándola extasiado.

—Debemos estar un poco locos —confesó—. Desafiar a tu marido sabiendo la clase de bastardo que es, resulta toda una hazaña.

—Ya nos hizo demasiado daño. A mí, dándome una vida de infierno, y a ti despojándote de tus trabajos para enriquecerse. Aún no comprendo cómo firmaste aquel contrato...

—Fue en mis comienzos. Yo no era nadie, no tenía nada, ni un céntimo, sólo inexperiencia y buenas ideas. El tenía algún dinero y

los escrúpulos de un caimán. Por eso lo firmé sin darme plena cuenta de lo que hacía.

Ella le besó y rodeó su cuello con los brazos desnudos, atrayéndolo firmemente.

—Ahora va a pagar por todo —runruneó—. En realidad, ya está pagando... con intereses.

Abrazados, se hundieron en el abismo de una pasión fatal que les arrastraba en un torbellino salvaje, en el que ambos deseaban alcanzar los más turbios abismos de la sensualidad desenfrenada.

CAPÍTULO VII

Elinor Michener salió de la ducha dejando que el agua se deslizase a lo largo de su espléndido cuerpo, como una fría caricia. Se estremeció de placer y luego empezó a secarse.

Eligió cuidadosamente un vestido que moldeaba su figura realzando cada detalle, para que a nadie le cupieran dudas de la espléndida escultura que había debajo.

Acabó su tocado y se contempló en el espejo, aprobando por completo su prestancia. Se sonrió, imaginando a Joe Rubin cuando la mirase; imaginó sus ojos desorbitados por el deseo y notó una corriente cálida sacudiéndole hasta la última fibra de su piel.

Cuando abandonó la habitación era noche cerrada. Descendió al vestíbulo, sonrió al ceremonioso empleado y al salir al jardín aspiró profundamente el aire tibio y perfumado.

Caminó rápidamente hacia el aparcamiento lateral, donde esperaba su coche. El jardín, en esa zona, era una pequeña selva de palmeras enanas, macizos de plantas tropicales y parterres de flores que perfumaban el aire inmóvil de una noche que parecía arrancada del mismo paraíso.

Llegaba casi al muro de blanco adobe cuando la zarpa surgió de la oscuridad y se cerró sobre su boca, atrapándola como en un cepo de hierro.

En el primer instante, la sorpresa y el pánico le impidieron reaccionar. Luego, cuando quiso hacerlo, ya era tarde.

Vio el cuchillo relampaguear delante de sus ojos, mientras aquella garra la apretaba cada vez más contra un cuerpo fuerte y duro. Después, el cuchillo descendió como un relámpago y la mujer experimentó el dolor lacerante de sus carnes desgarradas.

Aún tuvo oportunidad de ver nuevamente el acero como se levantaba, sólo que para entonces ya no brillaba porque la sangre roja y caliente goteaba de él.

El fugaz instante que tardó en recibir el segundo golpe fue una infernal eternidad en la que burbujeó la sangre, el horror, el pánico cervical y un dolor sin hombre.

Después de eso murió, y todo lo que el cuchillo hizo después ya fue hecho sobre un cadáver.

Daley y la muchacha habían cenado ya cuando el teniente Braham apareció junto a la mesa.

Daley Green no podía creerlo.

—¿Cómo diablos diste conmigo? —exclamó—. Como sigas así acabarás siendo un buen policía.

—Deducción, mi querido amigo, simple deducción. Acercó una silla a la mesa y se dejó caer en ella con gesto cansado.

—Si alguien me invita a café, lo aceptaré encantado. Tengo tanto sueño que he olvidado la última vez que estuve en una cama decente.

Green llamó al camarero y pidió café para todos. Luego indagó:

—Esa deducción de que hablaste... Me tienes intrigado.

—Fue fácil. Te llamé a tu apartamento. No estabas allí. Probé en el hotel donde se aloja la señorita Sheridan y me dijeron que ella estaba cenando en compañía de un caballero. Deduje que no te habían mirado bien, porque, de lo contrario, nunca se les hubiera ocurrido tomarte por un caballero... Bueno, aquí estoy.

—De todos modos, no deja de ser sorprendente tu intuición, porque Mónica..., la señorita Sheridan, podía cenar con cualquier otro individuo.

—Eso era más bien improbable, conociéndote. Pensé que ella había ido a verte... Eso lo sabía porque yo fui quien le habló de ti y le di tus señas. Bueno, tú nunca dejaste escapar la oportunidad de cenar con una mujer hermosa, de manera que sólo podías ser tú quien estuviera cenando con ella.

—Retiro lo de buen policía. Ésta es una deducción sin pies ni cabeza. Acertaste por pura chiripa.

—Acerté, ¿no? Así que nada de chiripa.

El camarero sirvió los cafés y durante unos instantes guardaron silencio.

Después, Braham dijo:

—Ahora hablemos en serio, Green. Necesito que eches un vistazo a un cadáver.

Mónica casi se atragantó con el café. Daley frunció el ceño.

—¿Otra mujer? —murmuró.

—Sí. La tercera.

—¿Dónde sucedió esta vez?

—Ahí está lo sorprendente de este caso. El tipo se repite... La encontraron en los jardines del hotel Esmeralda.

Green dio un respingo.

—Nosotros estuvimos allí esta mañana...

—Y creo que conoces a la dama. Por lo menos, de vista.

—¿Quién era?

—La señora Michener.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Recuerda. La dama amartelada que me señalaste. Tu vecina de cuarto.

Daley se quedó boquiabierto.

—¿Estás seguro?

—No, no lo estoy —dijo un vistazo inquieto a la muchacha y gruñó—: Su estado no me permite reconocer con seguridad su cara, por eso necesito tu ayuda.

—Te serviría mejor el marido, creo yo.

—Estamos buscándolo. Tiene negocios en la ciudad y nadie sabe exactamente dónde está.

—Está bien, cuenta conmigo, aunque no es un trámite que me entusiasme.

—Lo malo de este asunto, es que ahora ya no hay modo de parar a los periódicos. Va a desatarse una oleada de histeria en toda la ciudad.

—Debes reconocer que es como para que la gente empiece a alarmarse, con un demente sanguinario suelto por esas calles... ¿Alguien le vio esta vez?

—No lo sabemos. Tengo a toda mi gente rastreando los alrededores, pero no hay duda de que se trata del mismo engendro. El estado del cadáver es idéntico al de las otras dos víctimas.

Mónica ahogó un quejido. Braham hizo un gesto de contrariedad.

—Siento tener que hablar de eso en su presencia, señorita, pero el tiempo apremia y no puedo perderlo con delicadezas de esa índole.

—Comprendo... Creo que me iré a mi habitación, Daley. Eso les dejará más libertad de movimientos a los dos.

Se levantaron para despedirla, y ya no volvieron a sentarse. Green abonó la cuenta y tras esto tomaron el coche del policía para dirigirse al recinto de la muerte.

Cuando llegaron al Depósito, Braham explicó:

—Aún no le han efectuado la autopsia, de modo que la verás tal como la dejó el asesino. Tiene cortes en la cara que la han desfigurado, pero en cuanto la vi me pareció que era aquella mujer que vimos en compañía de un tipo elegante y más joven que ella.

El cuerpo estaba sobre una mesa, cubierto por una sábana.

El teniente retiró ésta, dejando al descubierto la cara destrozada de la mujer.

Green sintió cómo se le revolvía el estómago, pero se forzó a mirar aquella monstruosidad.

—Sí —gruñó—, es ella.

—¿Seguro?

—No me cabe la menor duda.

Braham volvió a cubrir el rostro del cadáver y se apartaron de la sala sin hablar.

Sólo cuando estuvieron en el exterior, Green murmuró:

—¿Por qué ha descargado dos golpes en el mismo escenario? No tiene sentido.

—Nada de lo que hace un loco de remate tiene el menor sentido. Quizá se ha dado cuenta que en esos hoteles puede encontrar más mujeres hermosas que buscándolas de aquí para allá, en esas calles.

—Se me ocurre que al marido se le habrán acabado los problemas...

El teniente se detuvo, mirándole fijamente.

—¿Estás tratando de decirme algo concreto, Green?

—No, sólo pensaba en la discusión que oí desde mi terraza.

—La situación de esa mujer era el clásico triángulo amoroso, ¿no es cierto? Por lo menos, eso entendí.

—Bueno, era un triángulo, desde luego, pero que amenazaba romperse por uno de sus lados. Ella quería el divorcio.

—¿Y el marido?

—Por lo que oí, no iba a negárselo, pero dándole al mismo tiempo una patada en el trasero que la devolvería a la calle, que,

según él, era donde debía estar.

—Y ahora la han matado... ¿Sabes una cosa? Si no fuera que es la obra de un loco que ya ha matado otras veces, si se tratara de un caso aislado de asesinato, el marido sería el sospechoso ideal.

—Imagino que así y todo se verá en apuros —rezongó Green—, a causa del amante. No me sorprendería lo más mínimo si el tipo aún tuviera el cinismo de acusarle.

—¿No sabes su nombre?

—¿Del amante? No.

—Bueno, ya aparecerá.

Se dirigieron hacia el coche. Mientras lo ponía en marcha, Braham comentó amargamente:

—Cada vez que lo pienso, más me seduce la idea de imitarte, Green... Este caso es de los que consiguen el ascenso de un policía... o su expulsión del cuerpo. Y se da la circunstancia que el caso es mío, muchacho. Todo mío.

Aceleró y el auto salió zumbando después de describir una curva en medio de la calle que hizo polvo todas las ordenanzas de tráfico escritas y por escribir.

Entre tanto, la muerte se aprestaba a descargar un nuevo golpe, destruyendo a golpes de cuchillo otro soberbio cuerpo de mujer...

CAPÍTULO VIII

A partir del día siguiente a ese último crimen del cuchillero loco, los teléfonos de todos los distritos policiales se vieron bloqueados por un alud de llamadas histéricas.

Centenares, miles de llamadas de mujeres que aseguraban haber visto al asesino loco rondando sus casas, espiándolas por la ventana, siguiéndolas por la calle o intentando introducirse en sus casas mediante mil artimañas.

Las descripciones también eran de por sí hartó peregrinas. Desde la señora que aseguraba que el loco matarife vestía de harapos, como la que estaba segura que «su» demente llevaba traje de buen corte, camisa blanca y corbata, y lo único malo que había en él era su cara de asesino.

Braham se subía por las paredes cada vez que oía el timbre del teléfono. Ya ni contestaba, dejando que fueran los detectives de la sala de guardia los que lidiaran a todas las frustradas o histéricas de la ciudad.

—Lo malo —comentó el capitán Mantell—, es que corremos el riesgo de que una de esas llamadas sea auténtica y no le hagamos maldito caso, como a las demás.

—Eso es muy improbable, capitán. Ese carnicero no deja ninguna oportunidad a sus víctimas de llamar por teléfono.

—Eso es cierto. Trate de mantener el orden entre los muchachos, Braham, antes que ellos también acaben viendo fantasmas.

—Espere a la noche y verá usted lo que es bueno...

Eso resultó una profecía absolutamente cierta. Con la llegada de la noche, otras mujeres creyeron tener el asesino poco menos que bajo su cama, en consecuencia las llamadas telefónicas se multiplicaron, para desesperación de los policías de servicio.

Braham acabó zumbándole la cabeza. Dio un puñetazo al aire y maldiciendo en todos los tonos abandonó su despacho de

estampida.

Se fue hacia el bar de la esquina, un lugar acogedor donde solían reunirse los policías francos de servicio, los reporteros de sucesos y cuántos, de algún modo, tenían relación con la policía.

Bebió un par de tragos, inmerso en la atmósfera de humo espesa como niebla, y tras fumar un cigarrillo se sintió mejor, casi con ánimo para enfrentar lo que viniera.

Lo que vino fue el propio Green, que se colocó a su lado y pidió un *whisky*.

—Pensé que te encontraría aquí, cuando me dijeron que habías salido echando rayos de tu despacho —dijo, sombrío.

—Aquello es un maldito manicomio.

—Se desató la histeria colectiva, ¿no es eso?

—¡Y de qué modo!

—Eso era de esperar. Se ha dado otras veces.

—¿A qué has venido? Parece como si no hubieras dejado el empleo...

—Estuve pensando estas últimas horas...

—¿De veras? Te gustaría saber qué estuve haciendo yo, aparte, naturalmente, de tener la oreja pegada al teléfono.

—Quizá eso era justamente lo que el asesino quería provocar.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Se me ocurrió que el criminal quizá ideó tender una cortina de humo. O de sangre, para ser exactos, a fin de ocultar un único crimen.

—¿Único? ¡Madre mía! Ya son tres los que ha cometido.

—Pero tal vez sólo uno era auténtico desde su punto de vista. Quizá quería matar a una de las mujeres y su idea fue que si desataba el pánico con unos cuantos asesinatos sin ilación alguna entre sí conseguiría que el verdaderamente intencionado, para el que tenía realmente un motivo, pasara desapercibido al ser tomado por otro más de un loco asesino.

—Ya veo...

—Sería un buen golpe, ¿no crees? Matar a tres o cuatro mujeres sin relación alguna entre sí, incluso de diferente clase social y moral, para mejor despistar a la policía. Pero una de esas mujeres sería la que él quería ver muerta en realidad.

—Tus tiros apuntan a ese tal Michener, ¿eh?

—Oí su discusión, como ya te dije.

—¿Y crees que tenía motivos...?

—Lo más suave que ella le restregó por las narices, fue que se acostaba con su socio. Así, con todas las letras.

—Entiendo. Esa señora debía ser todo un carácter.

—Y tú que lo digas. Poseía un vocabulario muy gráfico, si entiendes lo que quiero decir.

—O sea, que tu hipótesis es que el marido ideó asesinar a su mujer, pero que pensó convertir su crimen en una racha de asesinatos delirantes, para hacernos creer que se trataba de la obra de un loco furioso y sanguinario...

—Es sólo una teoría, pero lo bastante sólida como para investigarla, ¿no te parece?

—Lo haré. Por lo menos tendré algo sólido a lo que echar mano de momento.

—¿Todavía no ha aparecido ese Michener?

—Aún no... Hemos averiguado que tiene negocios de financiación. Algo un tanto complicado... Financia prototipos experimentales de cualquier cosa. Luego, si lo que sea que ha financiado da resultado se queda la parte del león de los beneficios, además de las patentes, por supuesto.

—Un tipo muy vivo, ¿eh?

—A quien hemos identificado es al amante de la mujer. Se llama Joe Rubin y está asociado con el marido. Se trata de un hombre joven, bien parecido. El mismo que vimos tú y yo en los jardines del hotel.

—¿Le has interrogado?

—Desde luego. Estaba hecho pedazos. Lloriqueaba y rugía todo a un tiempo. Te diré que él también acusó al marido, aunque sin aportar ni la sombra de una evidencia. Más bien le guiaba el rencor y el odio. Pero hemos sabido que Michener le escamoteó un invento del que ha sacado casi un millón hasta ahora. También hemos comprobado que su aventura con la señora Michener no era un simple pasatiempo. Pensaban casarse tan pronto ella obtuviera el divorcio.

—¿Le has descartado como sospechoso?

—A menos que surja alguna evidencia contra él, sí. No da el tipo, además.

Un camarero chilló, dominando con su voz la barahúnda que atronaba el local:

—¡Teniente Braham, al teléfono! ¡Teniente Braham...!

—Como hayan encontrado otra mujer hecha tiras, presento la renuncia esta misma noche —rezongó el aludido, apartándose del mostrador a codazos para abrirse paso.

Green apuró el *whisky* y pagó las bebidas de los dos.

Cuando su excamarada regresó parecía haber recobrado parte de su energía.

—¡Tenemos a Michener! —anunció—. Regresó al hotel como si tal cosa...

—Voy contigo, si no tienes inconveniente.

—Muy bien, pero quiero que tengas la boca cerrada todo el tiempo. ¿Entendido?

Fred Michener era un hombre delgado, de cara aquilina y ojos astutos. Se notaba qué dedicaba un gran cuidado en conservar un aspecto juvenil, a pesar de sus buenos cuarenta años.

Cuando Braham se enfrentó con él, en el despacho del teniente, su cara tenía un tono grisáceo y parecía que ése fuera el único síntoma de pesar, o nerviosismo, por la muerte de su esposa.

Braham le espetó:

—Siéntese, ahí, en esa silla. No parece usted muy afectado por lo sucedido, señor Michener.

—Lo estoy... hasta cierto punto.

—Explíqueme eso. A mi entender debería estar usted al borde de una crisis nerviosa. Han asesinado a su esposa de un modo atroz, sangriento. Es un golpe muy duro para cualquier hombre.

—Lo sería si yo amara... o hubiese amado a mi mujer en el momento de su muerte. Y ése no era el caso, teniente.

—Eso requiere una explicación, a mi modo de ver.

El hombre suspiró. Green pensaba que aquélla era la misma voz que oyera desde la terraza, aunque ahora parecía mucho más tranquila que entonces.

—Se lo contaré —accedió Michener—. Supe hace algún tiempo que mi mujer tenía relaciones íntimas con otro hombre. Las cosas entre ella y yo no marchaban bien hace ya meses, pero ese descubrimiento acabó de barrer el último afecto que yo hubiera podido abrigar todavía hacia ella.

—¿Supo también quién era el otro hombre?

—Mi socio, Rubin.

—¿Y qué pasó?

—Tuvimos algunas escenas muy desagradables.

—¿Se habló de divorcio?

—¡Oh, sí, claro! Ella quería divorciarse inmediatamente, para poder casarse con su amante.

—¿Accedió usted?

—Naturalmente, sólo que asegurándole que jamás obtendría un centavo de mí. Se quedaría en la mismísima calle, sin dinero y sin recursos. Era una mujer de gustos muy costosos, de modo que yo estaba resuelto a que lo perdiera todo al separarse de mí.

—¿Y en cuanto al hombre... ese Rubin...?

—Le despedí. Anulé el contrato y le desafié a que reclamase un solo centavo. Lo eché a la calle con lo puesto. Los dos se quedaban sin medios de vida. Le dije a ese parásito que amándose como se amaban no necesitaban nada más... Se fue maldiciendo y amenazándome.

—¿No le parece que es un medio bastante... cerebral de terminar un caso de infidelidad manifiesta por parte de su esposa?

—¿Qué quería usted, que me liara a tiros contra los dos? No soy de esa clase, teniente.

—¿Cuándo tuvo la última discusión con su mujer?

—Ayer, poco antes de salir de viaje. Resultó un calco de muchas otras. Divorcio, dinero, palabras malsonantes y todo eso.

—A propósito, señor Michener. ¿Adónde fue usted en ese viaje?

—Estuve en Fort Lauderdale.

—¿Negocios?

—Por supuesto.

—¿De qué clase?

El hombre levantó la cabeza. Comenzaba a cansarse del interrogatorio. Eso podía adivinarse a simple vista.

—No creo que eso les importe en absoluto —masculló, fastidiado—, pero de cualquier modo se lo diré. Hay una pequeña industria en Fort Lauderdale, especializada en mecanismos de precisión. Están fabricando en serie una de mis patentes, un regulador electrónico para motores de explosión. Necesitaba concretar algunos puntos muy delicados del contrato.

—Entiendo. Supongo que ya sabe que lo comprobaremos.

—Ya pensaba que lo harían. No tengo nada que ocultar. Estuve en la fábrica más de tres horas. Luego salí a dar un paseo, entré en un restaurante y luego maté un par de horas en los muelles, viendo los yates. Soy un entusiasta de esta clase de embarcaciones. Al fin, regresé a la fábrica para conocer la decisión de sus consejeros.

—¿Y después? Porque usted no ha regresado hasta hoy...

—Era ya muy tarde para hacer el viaje de vuelta. Detesto conducir de noche, así que tomé un cuarto en un motel donde pasé la noche.

—¿En qué motel?

—Creo que tengo aún la cuenta en el bolsillo...

Buscó en todos sus bolsillos y al fin encontró lo que buscaba.

De este modo, Braham comprobó que, realmente, Fred Michener se había inscrito a las siete de la tarde en el motel Mogador, en la cabaña número nueve.

—Entiendo que viajó usted en coche...

—Ciertamente.

—¿Qué clase de coche, qué marca?

—Es un «Ford Galaxie». Y ahora, quizá pueda usted decirme a qué viene todo este interrogatorio si saben ustedes perfectamente que a Elinor la mató ese destripador loco que anda suelto por la ciudad.

Braham suspiró, echándose atrás en su sillón.

—Pura rutina, señor Michener. Tenemos la obligación de comprobar todos los ángulos en un caso de esta índole... Gracias por su colaboración. Ahora sólo falta que me diga el nombre de esa fábrica y podrá marcharse.

Braham tomó nota del nombre y señas de la industria de Fort Lauderdale y luego contempló como Michener abría la puerta y desaparecía.

Green se enderezó. Había permanecido todo el tiempo recostado en la pared, a espaldas del interrogado, sin despegar los labios.

—El tipo parece sincero —comentó.

—Habrá que pedir colaboración a la policía de Fort Lauderdale. Todo lo que nos ha dicho es fácil de comprobar, y si resulta cierto que se inscribió en ese motel a las siete de la tarde, no pudo estar, a las nueve en los jardines del hotel para matar a su mujer.

—A pesar de todo, no me gusta ese individuo, Braham. No es trigo limpio.

—Ya sabemos que no lo es. Ha estafado más o menos legalmente a multitud de pequeños inventores.

Green no replicó. Estaba muy pensativo.

De pronto miró el reloj y silbó entre dientes:

—Me parece que por estar cesante, pierdo mucho tiempo en este edificio. Ya nos veremos, y si descubres algo, dímelo. Estoy sumamente interesado en todo eso, y tú lo sabes.

Braham asintió, pero antes que pudiera iniciar cualquier discusión, la puerta se había cerrado detrás de su excolega.

CAPÍTULO IX

Daley Green paseó la mirada por el rutilante despacho, por los paneles de madera que cubrían las paredes; se extasió ante la apariencia de confort de los muebles y el refinado gusto de los cuadros que salpicaban los muros, y después se asustó. Un sudor frío le produjo un estremecimiento al imaginar la factura de todo aquel lujo, sobre todo porque quién habría de pagarla sería él, puesto que era «su» despacho.

Después se sentó por primera vez en la enorme butaca basculante que había detrás de la mesa en forma de riñón y dudó si sería correcto colocar los pies encima de ella, como en las películas de la tele.

Casi se echó a reír. En cierto modo, era como un chiquillo con zapatos nuevos.

La oficina se componía de sala de espera y despacho privado. Algún día tendría una secretaria allá fuera, tecleando en la máquina de escribir eléctrica y enseñando los muslos a los clientes que esperarían turno para ser recibidos.

Algún día...

Sus eufóricos pensamientos se desvanecieron al oír abrirse la puerta de la sala de espera, y luego el ruido de pasos amortiguados por la moqueta.

¡Un cliente!

Y apenas acababa de tomar posesión de su feudo...

La puerta del despacho se abrió de golpe sin una llamada. Después de todo, no era ningún cliente, era el teniente Braham.

El policía paseó su azorada mirada por todo aquel lujo y silbó entre dientes.

—Se me ocurre que a no tardar mucho estarás entre rejas, Green —comentó—. Jamás podrás pagar todo esto, a menos que atraques un Banco...

—Si eso ocurre, espero que hagas la vista gorda. ¿Qué te parece?

—Fantástico.

—Ahora necesito trabajo, así que si sabes de alguien en apuros, envíamelo. Te daré un porcentaje.

—Sé de alguien en apuros —replicó Braham, súbitamente sombrío.

—¿Quién?

—Tu amigo Michener.

—¿Mintió?

—Como un bellaco. Oye, ¿crees que un pobre polizone con unas gastadas posaderas como las mías puede sentarse en ese trono?

Green miró la gran butaca tapizada de piel y sonrió.

—Por una vez...

Braham se sentó con ciertas precauciones. Así y todo, se hundió de tal modo que casi lanzó un grito. Luego se dejó mecer por la estudiada comodidad de aquel estrafalario mueble y enarcó las cejas, sorprendido.

—Es fantástico —exclamó—. ¿Cómo esperas atraer clientes, Green? Eso es algo que me intriga.

—Pondré anuncios, y envíe tarjetas profesionales a las compañías de seguros, a los abogados más importantes y a las grandes compañías de ventas a plazos... Espero que alguien picará, pero hálame de Michener. ¿Qué hay de sus declaraciones?

—No es tan listo como él imagina. Es cierto que estuvo en Fort Lauderdale, y que se inscribió a las siete de la tarde en ese motel. Tomó una cabaña, aparcó el coche y ya nadie volvió a verlo. Suponen que se acostó, porque dijo que estaba agotado y recomendó no ser molestado hasta las ocho de la mañana.

—¿Y...?

—Un tipo que responde a sus señas alquiló un taxi aéreo, ya sabes, un pequeño avión privado dedicado a cortos vuelos de alquiler. Vino a Miami, estuvo una hora y quince minutos en el aeropuerto, esperando a su pasajero, y luego regresó a Fort Lauderdale.

—¿Tienes evidencias de que el pasajero fuera Michener?

—Sólo la certidumbre de que su descripción cuadra como un guante con la del pasajero. Esta tarde llegará aquí el piloto de ese avión, para un careo. Si resulta que fue Michener quien viajó en el

aerotaxi...

—Ya veo. Pero debió dar un nombre para volar.

—Oh, seguro. Steward Ranson. Incluso creo que mostró algún documento, pero eso puede hacerlo cualquiera en estos días.

La cara de Green se había crispado de pronto y una mirada sombría enturbiaba sus ojos grises.

—Supongo que lo tienes vigilado...

—Día y noche.

Braham suspiró. Estaba cansado y soñoliento, y la confortable butaca invitándole al descanso casi le vencía.

—Podría dormir una siesta aquí —comentó, parpadeando—. Este silencio, esa paz, después de la tempestad que tenemos con los teléfonos, con el alcalde bramando cada media hora, el comisionado chillándole al capitán..., el capitán chillándome a mí...

El teléfono rompió a sonar de pronto y los dos hombres dieron un brinco.

Green miró asombrado el aparato.

—¡Cuernos! —bufó—. Mi primera llamada...

—Y yo hablaba de paz. ¡Descuélgalo de una vez!

Casi emocionado, Daley se llevó el auricular al oído.

—Aquí Green —dijo—. Hable.

—¿Es usted Daley Green?

Era una voz firme y segura.

—El mismo.

—Soy Henry Jackson, de la Mutual World. Recibimos una tarjeta profesional suya, señor Green. Tal vez fuera interesante que hablásemos personalmente, en mi oficina.

—Con mucho gusto, señor Jackson. ¿Cuándo?

—Ahora, inmediatamente. Pero antes quisiera puntualizar algo, algo que usted menciona en su tarjeta. ¿Es cierto que ha sido oficial del Departamento de Homicidios?

—Naturalmente.

—Bien, le espero dentro de media hora.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Green aún permaneció unos segundos estático, con el auricular en el oído y una mirada mucho menos sombría que antes en sus ojos, que contemplaban a Braham sin verle.

Fue éste quien gruñó:

—Bueno, cualquiera diría que estás escuchando la Quinta sinfonía...

Colgó con un suspiro.

—Mi primer caso —dijo—. Un caso de seguros.

—Amigo, tú naciste de pie —dijo el policía, levantándose—. Empiezo a considerar la idea de imitarte... cuando haya cazado a nuestro carnicero.

—Eso me devuelve a la realidad. Si es Michener quiero asistir a su detención, Braham. Quiero verlo sudar sangre cuando le sometas a interrogatorio.

—Ya puedes jurar que sudará sangre. Toda la sangre que vertió hasta ahora.

Los dos se encaminaron a la puerta, y ya en el pasillo, Green dijo:

—No sé dónde estaré las próximas horas si esos tipos de la compañía de seguros me confían un trabajo, de modo que yo te llamaré de vez en cuando. ¿Conforme?

—Muy bien.

Descendieron en el veloz ascensor hasta el imponente vestíbulo del edificio destinado íntegramente a oficinas.

En la calle, el coche del teniente estaba aparcado delante de una boca de incendios. Un celoso policía le había colocado una bonita notificación de multa.

Braham la hizo pedazos gruñendo indignado. Luego, se separaron, ignorando que ya estaba gestándose el nuevo festín de sangre en la mente de quién se había convertido en ejecutor de la muerte...

CAPÍTULO X

Henry Jackson era el clásico ejecutivo de aspecto dinámico, ojos despiadados y eternamente alerta, dispuesto a abrirse paso y escalar peldaños al precio que fuera.

Cuando examinó a Green de arriba abajo lo hizo con un interés y un descaro que en más de una ocasión debería costarle un disgusto.

En esta ocasión le habría costado muy caro, de no tratarse, para Daley Green, de su primer caso como investigador privado.

—Siéntese, Green —concedió al final—. Creo que usted podrá servirnos.

—¿De veras?

—Según entiendo, tiene una larga experiencia en casos de homicidio...

—Yo diría que una experiencia completa. Ascendí hasta teniente por méritos propios.

—¿Por qué abandonó la policía? O quizá le obligaron a renunciar...

—Quise probar suerte como investigador privado, eso es todo. Mi historial es completamente limpio.

—Lo celebro. Nosotros no emplearíamos jamás a un expolicía banal, en el que no pudiésemos confiar. La Mutual, World es una de las compañías más solventes del país, como usted debe saber perfectamente.

—No me cabe la menor duda. ¿Quiere hablarme de su problema ahora?

Jackson frunció el ceño. Luego soltó un bufido dijo:

—He de advertirle que nuestros propios investigadores han realizado ya un buen trabajo en este caso. La idea de recurrir a usted fue exclusivamente mía, inspirada por su tarjeta.

—¿Y...?

—Se trata de un accidente en el que perdió la vida uno de nuestros asegurados, un hombre llamado Conover. Su coche se salió de la carretera, dio unas vueltas de campana y acabó estrellándose contra un árbol. Se incendió y nuestro cliente murió instantáneamente.

—¿Y sospecha usted que no fue un accidente?

—Nuestros expertos aseguran que se trata de un accidente, provocado por exceso de velocidad. Pero la póliza es de quinientos mil dólares, de modo que prefiero exprimir todas las posibilidades. Esa póliza cubre el accidente, pero no el suicidio ni el asesinato. ¿Entiende?

—Por supuesto. Si ese hombre fue asesinado, la compañía se ahorra medio millón de dólares.

—Exactamente. ¿Cree que puede investigar el caso con probabilidades de éxito?

—Puedo descubrir si hubo sabotaje en el coche. Eso es seguro. Pero si fue un crimen y alguien narcotizó al conductor, eso, señor Jackson, queda fuera de mis posibilidades.

—Se hizo la autopsia a los restos de nuestro cliente. No se encontró el menor rastro de narcótico alguno, aunque los médicos ya advirtieron que el cadáver estaba demasiado destrozado por el fuego para poder concretar un informe absolutamente seguro y claro.

—Para suscribir una póliza de ésa cuantía, presumo que se trataba de alguien muy rico...

—Lo era.

—¿Quién hereda su fortuna?

Jackson sacudió la cabeza.

—Por ahí no vamos a ninguna parte. La única heredera es su hija y hemos establecido sin sombra de duda que está fuera de toda sospecha.

—¿No hay otros herederos?

—En absoluto. Casi no hay más familia, excepto dos primas de esa señorita, dos jóvenes encantadoras. Nadie más.

—¿Tiene novio?

—¿La señorita Conover? Desde luego, no.

—¿Y las primas?

—Hasta donde hemos averiguado, tampoco.

—Entonces, si se pudiera probar que fue un asesinato, ¿quién podía tener interés en matar a ese hombre?

Jackson frunció el ceño.

—Señor Green —rezongó—, a nosotros no nos interesa en absoluto quién lo matara. Sólo con obtener pruebas de que realmente fue asesinado, nos basta. Dejaremos a la policía el honor de descubrir al culpable. Creo que eso queda claro, ¿no le parece?

Green asintió. Le habría gustado aplastarle la nariz al señor Jackson, brillante ejecutivo de la Mutual World.

—¿Dónde está el coche ahora? —preguntó.

—Los agentes del *sheriff* del condado lo trasladaron a un garaje, en Pensacola. El fuego hizo estragos en el vehículo, pero no lo destruyó del todo porque un auto patrulla acertó a apagar el fuego a tiempo con sus extintores.

—Empezaré por el coche y luego me gustaría tener una charla con la hija del accidentado. ¿Puedo presentarme como investigador de la compañía, señor Jackson? Eso facilitaría las cosas con toda seguridad.

—Hágalo si ha de servir para abreviar el trabajo.

Green se levantó. Antes de abandonar el despacho del señor Jackson tomó algunos datos más y luego se fue sintiéndose como si flotara en el espacio.

Tenía su primer caso. Del éxito dependía que siguieran muchos otros...

CAPÍTULO XI

El coche había sido un «Cadillac» gris metalizado, pero cuando Green lo vio era un montón de chatarra calcinada que no ofrecía muchas posibilidades.

El *sheriff* de Pensacola dijo:

—Ahí lo tiene, y que me ahorquen si veo qué espera encontrar usted en este revoltijo.

—¿Sabe cómo sucedió?

—Nadie fue testigo del accidente, si es eso lo que pregunta. Pero a juzgar por las mediciones y las abolladuras, creemos que dio dos vueltas de campana y al fin se estrelló contra un gran árbol. Contra el árbol pegó de plano, con el techo justo encima del conductor. El techo se aplastó, y el hombre quedó casi hecho pedazos. Bebió morir instantáneamente.

—Sí, seguramente debió suceder así, porque todo el coche está doblado por la mitad.

—Lo raro es que no se partiera en dos. El árbol era gigantesco y lo hizo astillas...

—Veré qué puedo encontrar, si no tiene inconveniente.

—¿Quién, yo? El coche es todo suyo, amigo. Cuanto antes lo retiren de aquí, mucho mejor. El propietario del garaje no cesa de darme la lata con eso, así que haga su trabajo. Le deseo suerte.

Y se largó.

Green se quitó la chaqueta y puso manos a la obra.

Los conductos del líquido de frenos estaban prácticamente destrozados, pero no era probable que los hubieran saboteado. De haber sido inutilizados, el conductor lo hubiera advertido mucho antes de estrellarse, juzgando por la distancia de más de cincuenta millas recorridas antes del accidente. Debía frenar alguna vez durante ese trayecto, y si hubiese advertido el fallo de los frenos con toda seguridad no habría corrido a más de cien millas por hora.

Puso en práctica toda su experiencia, toda su astucia aprendida a lo largo de años. Revisó pulgada a pulgada los restos del coche.

Todo parecía estar fuera de sospecha. Los frenos, la dirección, las ruedas...

Estaba sudando a chorros bajo la cubierta del garaje, cuando se fijó en el Jugo de escape. Estaba retorcido por la mitad, y el bloque silenciador aparecía aplastado. Su mirada aguda se fijó en un pequeño: orificio del tubo y algo tintineó en su cerebro.

Se quedó inmóvil, la mirada fija en el agujerito. No había sido producido por el choque, de eso no cabía ninguna duda. Era un orificio abierto con alguna herramienta. ¿Qué podía significar? Un simple agujero de un centímetro de diámetro en el tubo de escape no podía alterar en lo más mínimo la estabilidad del coche, y menos hacerlo saltar de la carretera.

Pero el orificio estaba allí, y alguien lo había hecho.

Tenía las manos sucias de grasa y suciedad. Sujetó el tubo y trató de colocarlo en el lugar donde debía estar normalmente.

Cuando creyó haberlo conseguido, volvió a buscar con la mirada el agujerito. Sintió un escalofrío sacudiéndole de arriba abajo y durante unos instantes no atinó a moverse.

Minutos más tarde estaba lavándose las manos en el lavabo del garaje, cuando el propietario de éste asomó por la puerta y le espetó:

—¿Ha terminado usted, amigo?

—Seguro.

—¿Cuándo se llevarán esa chatarra de ahí?

—No lo sé, pero de cualquier modo debería usted presentar una factura a alguien por el pupilaje, digo yo.

—¿A quién, puede usted decírmelo? El *sheriff* no quiere saber nada de pagar un centavo. El municipio... ¡Bueno, el municipio! A quién puedo presentarle la factura, ¿eh?

—Tal vez a la heredera del hombre muerto, digo yo.

—Es una idea...

Lo dejó rumiándola, tomó su «Corvete» de dos asientos y salió zumbando carretera adelante. Su mente zumbaba también casi al mismo tiempo que el poderoso motor del coche.

Iba a ser su primer éxito.

Un éxito fulminante que ahorraría medio millón a la compañía

de seguros, y con toda certeza le colocaría a él en un pedestal.

Sin embargo, su viejo instinto de polizonte turbaba el plácido discurrir de sus ideas. Porque... ¿quién había practicado los agujeros?

CAPÍTULO XII

Llamó a Braham desde un teléfono público. Hubo de esperar un buen rato, y entretanto tendió la mirada hacia la bahía sobre la que destellaba una lanza de plata al reflejar la luna Suspendida en un cielo limpio de nubes.

—¿Green?

La voz por el auricular casi le hizo dar un salto.

—Acabo de llegar de un corto viaje. ¿Cómo están las cosas aquí?

—Estamos interrogando a Michener. El piloto le reconoció sin la menor duda.

—¿Qué dice él?

—¿Por qué no te acercas aquí y lo oyes por ti mismo?

Green titubeó.

—Trataré de venir cuanto antes —dijo—, pero en estos momentos estoy trabajando. Ya te contaré.

—Bien; de cualquier modo, Michener lo niega todo. Dice que alquiló el avión con ánimo de llegar aquí y sorprender a su mujer en la cama con el otro. Eso habría facilitado el divorcio y evitado que ella pudiera reclamar siquiera un solo dólar. Miente, por supuesto.

—Iré en cuanto pueda. ¡Y arráncale la piel a tiras si es preciso, Braham!

Colgó. Así que ya lo tenían... al gran bastardo que había matado a Maud, y a las otras...

Regresó al coche y tras orientarse se dirigió hacia Laurel Hill, donde se alzaba la residencia donde había vivido el difunto Conover.

Era un palacio de paredes blancas que incluso de noche resultaba impresionante. Estacionó el coche y apenas se hubo apeado, la puerta se abrió y un sirviente viejo y estirado le miró con muy poca cordialidad.

—Me llamo Green —dijo—. Trabajo para la compañía de seguros... Ya sabe, el accidente y todo eso.

—Esas horas son intempestivas para una visita de negocios.

—Se trata de algo grave. Necesito hablar con la señorita Conover.

El hombre vaciló.

Desde el interior una voz armoniosa preguntó:

—¿De qué se trata, George?

Una muchacha apareció al lado del sirviente. Era alta, espigada y sumamente joven, apenas si habría cumplido veinte años.

Tenía una cara bonita, dulce y de piel tersa, tostada por el sol. Su cuerpo aún no había alcanzado la plenitud, pero sin la menor duda poseía curvas suficientes para que un tipo como Green comenzara a hacer cábalas más bien procaces.

—Se trata del seguro de vida de su padre, señorita.

Apenas advirtió lo que decía. Ella arrugó el ceño.

—¿No le parece una hora muy inconveniente para eso?

—No podía esperar a mañana.

—Está bien, entre.

Le guió hasta un despacho que debía haber pertenecido a su padre. Era confortable, austero, y había grandes estanterías llenas de libros.

En un ángulo, Green vio unas butacas y la muchacha le invitó a sentarse en una de ellas. Al sentarse a su vez, Daley tuvo una fugaz visión de unos muslos prietos, firmes y tostados por el sol.

—Le ruego que sea breve, señor. Es todo tan reciente todavía, que hablar de ello me... me trastorna.

—Lo comprendo. ¿Sabe usted si su padre tenía enemigos?

—Qué pregunta más desagradable. ¿Cómo puedo saberlo? Supongo que tendría... era un gran financiero, y es lógico que durante su carrera se creara algún resentimiento... ¿Tiene mucho interés en revolver cosas desagradables acaso?

—En absoluto. Voy a serle sincero... Trabajo para la compañía de seguros, pero en estos momentos estoy actuando al margen de las instrucciones que me dieron.

—¿Por qué?

—Porque tengo la casi seguridad de que su padre no murió en un accidente, señorita Conover.

—¿Cómo que no? Eso es absurdo...

—Fue asesinado.

La muchacha se levantó de un brinco y su bonita cara se contrajo violentamente.

—¿Asesinado? —balbuceó—. ¿Se ha vuelto usted loco?

—No, que yo sepa. Por favor, cálmese. Aún no he terminado.

Ella volvió a sentarse. Estaba aturdida y sus ojos fulguraban.

Green añadió:

—Lo hicieron de un modo muy ingenioso, pero sin ninguna duda puede calificarse de asesinato en primer grado. Ahora piénselo..., ¿quién podía desear la muerte de su padre?

La muchacha se cubrió la cara con las manos.

—No lo sé... —musitó—. Ni siquiera puedo imaginar que nadie quisiera matarle..., era un hombre bueno, ¿sabe? Recto, y cariñoso...

Empezó a llorar suavemente, y él esperó.

Cuando al fin ella levantó la cara su mirada brillaba con las lágrimas retenidas, pero también con una súbita resolución.

—Vaya a ver al señor Jellinek. Era el secretario particular de mi padre. El debe saber quiénes le odiaban, si es que alguien le odiaba hasta ese extremo.

—¿Dónde puedo encontrar a ese caballero?

—En las oficinas de la compañía de papá. Aún siguen abiertas, hasta que se decida qué... qué debe hacerse con el negocio.

Green se levantó.

—Gracias por atenderme. Una última pregunta, y le ruego que la tome como lo que es, un simple formulismo. ¿Hay algún otro heredero, además de usted?

—No..., nadie más.

—¿Seguro?

—El testamento fue abierto hace dos días —dijo por toda respuesta.

—Ya veo. Ha sido usted muy amable, señorita Conover.

Ella le escoltó hacia la salida. Apenas llegados a la puerta dijo, cuando él ya tendía su mano para despedirse:

—Supongo que es usted investigador de la compañía de seguros...

—Soy detective privado. Trabajo para la compañía de seguros

sólo cuando se trata de casos importantes...

Se interrumpió, casi avergonzado de tanta desfachatez.

Pero ella no estaba en condiciones de captar matices.

—Entonces, le contrataré —susurró—. Le pagaré todo lo que pida, señor...

—Green; Daley Green.

—Señor Green, ¿qué dice a eso, puede trabajar para mí?

—¿Para hacer qué?

—Descubrir al asesino de mi padre, si fue asesinado tal como usted afirma.

—De eso no me cabe ninguna duda.

—Entonces, ¿quiere... quiere ayudarme?

—Lo haré.

—No importa lo que usted cobre. Sea la cantidad que sea, le pagaré.

—Ya hablaremos de eso en su momento. Ahora, preste atención. Voy a presentar mi informe a la compañía de seguros, y tras esto estaré libre para aceptar su caso. Volveré a verla cuanto antes, pero si mientras se le ocurre cualquier cosa, cualquier dato que pueda ser interesante, llámeme. Ésta es mi tarjeta. El número impreso en negro es el de mi oficina. El otro corresponde a mi apartamento. Llámeme. ¿Lo hará?

—Sí...

—Aunque a usted le parezca que su idea no es importante, dígamelo.

Ella asintió y al fin estrechó su mano. Green notó que la de la joven temblaba y estaba fría como el hielo.

CAPÍTULO XIII

Green descendió las escaleras y casi tropezó con el policía uniformado que montaba guardia delante de la puerta de gruesa madera.

—Busco al teniente Braham. Dígale que estoy aquí, por favor. Mi nombre es Green.

—Le recuerdo perfectamente, señor —sonrió el policía.

Entró por aquella puerta cerrándola a sus espaldas.

Un instante después, Braham asomó y dijo:

—Entra. Ya casi lo tenemos.

Se cruzó con el agente, y Braham cerró la puerta por dentro.

Sentado a una silla, bajo la cegadora luz de un foco, Michener sudaba y estaba pálido como un sudario. Sus ojos parecían a punto de saltarle fuera de las órbitas, tratando de huir de la luz y ver a través de ella a sus verdugos.

—¿Ha confesado? —indagó Green, mirándole con todo el furor que le dominaba.

—Sólo la muerte de su mujer.

—¿Qué?

—Espera y verás...

Braham se apartó de él. Había varios hombres en mangas de camisa en torno a Michener, aunque éste no podía verlos.

Braham se detuvo y gruñó:

—¿Ya ha tenido tiempo de imaginar otro cuento, Michener?

—Déjeme en paz. Ya les dije lo que querían saber...

—No todo. Vamos a empezar de nuevo.

—¡No, malditos sean, eso no...!

—Tranquilo. Tenemos todo el tiempo del mundo. Cuando hayamos terminado con usted se arrastrará como un gusano, estará tan asustado que se meará en los pantalones. Y haré que sude sangre, maldito carnicero del demonio. Empecemos otra vez. ¿Cómo

se llama?

—¡Pero si lo he repetido cien veces...!

—Ésta hará que sean ciento una. ¿Cómo se llama?

La voz de Braham sonó como un bramido.

—Michener... Frank Michener...

—¿Edad?

—Cuarenta y un años.

—¿Profesión?

—Promotor.

—¿Cómo se come eso? —intervino una voz nueva en la oscuridad.

—¡Ya lo he explicado! Yo...

—¿Cuándo se le ocurrió la idea de matar a todas esas mujeres?

De nuevo era Braham quien le fustigaba.

—¡Yo no las maté!

Otro dijo:

—Pero sí mató a su esposa.

—¡Sí, sí!

—Y a las otras, creyendo que engañaría a todo el mundo...

—¡No!

—¡Sí lo hizo! —rugió alguien invisible—. ¡Pensó que todos creeríamos que esas muertes eran la obra de un loco!

—¡Yo no hice eso!

De alguna parte surgió una mano que restalló contra su cara con un ruido como un disparo.

La cabeza de Michener osciló violentamente. Dio un grito y casi cayó fuera de la silla.

Otra garra surgió de la negrura y le sujetó por los cabellos, restableciendo el equilibrio del hombre y de la silla.

Braham gritó:

—¡Confiese de una maldita vez y habremos terminado!

—¡No puedo confesar lo que no hice!

—Mató a su mujer porque se entendía con otro tipo.

—¡Sí!

—Y a las otras...

—¡Juro que no las maté!

—Lo hizo del mismo modo. Con un cuchillo, casi haciéndola tiras. ¡El mismo cuchillo, la misma mano!

—¡No!

—¿Quiere que le lleve a ver todos los cadáveres? Son iguales, hechos pedazos. ¡Idéntica manera de matar!

—¡No quiero verlos!

—¡Sí los verá! —rugió alguien que no era más que una voz—. ¡Los verá y le obligaremos a contemplarlos hasta que se ensucie los pantalones, pedazo de basura!

—¡No, eso no...!

—Cuéntenos cómo mató a su mujer. Sin adornos, Michener, pero con detalle. ¿Entiende?

—¡Déjenme en paz!

—Cuando haya confesado, así tarde cien años.

Otro dijo:

—No tardará tanto. Antes le habremos vuelto loco de remate.

—Cuéntenos cómo la mató.

Michener dejó escapar un sollozo.

—Leí los periódicos... —balbuceó de pronto—. Leí los detalles de los crímenes de un loco..., un loco que mataba mujeres... Entonces se me ocurrió la idea... podía matar a mi mujer... a esa perra, y si lo hacía del mismo modo que aquel loco todos creerían que era otro de sus crímenes... Así lo hice. ¡Y volvería a hacerlo porque era una sucia prostituta!

—Era su mujer. Y las otras no tenían ninguna culpa.

—¡No maté a las otras! ¿Es que no pueden entenderlo?

De nuevo, alguien le golpeó y esta vez la silla cayó hacia atrás arrastrando al hombre con ella.

Michener lanzó un alarido cuando alguien le levantó violentamente, sentándole otra vez en la silla.

Braham dijo rechinando los dientes:

—Es inútil que se obstine en negar. Después de todo, sólo le pueden colgar una vez, así que tanto le da una como cien. ¿Por qué no confiesa y podrá irse a dormir? Las celdas no están nada mal, Michener. Tienen una buena cama, y sábanas limpias.

—Yo no...

Su voz se quebró y Michener perdió el conocimiento.

Braham soltó un taco.

—Reanimadle —ordenó, furioso—. Tal vez esté diciendo la verdad, pero es preciso asegurarse. Estaré arriba, si el tipo se

desfonda y acaba por cantar.

Salió seguido de Green, y una vez fuera le espetó:

—¿Qué opinas?

—Creo que dice la verdad. Mató a su mujer aprovechándose de las circunstancias.

—Lo cual, equivale a decir que el loco aún anda suelto por esas calles y que volverá a matar cuando le dé la ventolera...

—Yo creo que sí.

—Sucio trabajo...

Subieron hasta su despacho, donde Green le ofreció, un cigarrillo y ambos encendieron.

Quizá para despejar un poco su cabeza, Braham gruñó:

—Cuéntame cómo te va a ti con los seguros.

—Aún no he presentado mi informe. Ya te contaré.

—Ya empiezas a portarte como un fisgón cualquiera...

—Te lo contaré si no haces nada hasta que yo haya hablado con los de la compañía.

—¿Qué te hace pensar que yo querré meter la nariz en este caso?

—Porque se trata de un asesinato.

Braham casi se tragó el cigarro.

—¿Otro? —bufó.

—Y muy ingenioso. Alguien abrió un agujerito en el tubo de escape del coche, y otro en el piso, muy cerca del pedal del embrague. Casi imposibles de descubrir en un montón de chatarra calcinada...

—¿De qué estás hablando?

—Ya te dije que es algo sumamente ingenioso. Conectaron un tubito de plástico de un agujero a otro, de modo que al correr el coche, una parte del monóxido de carbono del tubo de escape se introduciría en el coche, bajo las mismas narices del conductor, ¿comprendes? Éste debió sentir un principio de mareo, nada alarmante al principio. Luego el mareo se convirtió en una súbita seminconsciencia, no pudo controlar sus miembros ni sus reacciones, porque el gas venenoso seguía entrando como un reptil...

Braham estaba boquiabierto:

Daley aún añadió:

—Saltó de la carretera, incapaz de controlar el volante, y se estrelló. El coche ardió como una tea, naturalmente, y el fuego hizo desaparecer el tubito de plástico conductor de muerte, de modo que no quedó ni rastro de él, pero sí quedaron los dos agujeros. Estuvo a punto de salirle bien. Le habría salido bien, de no mediar un antipático ejecutivo de seguros que ansia encaramarse en la compañía. El tipejo se llama Jackson y todo lo que él quiere es ahorrarle a la compañía de seguros el pago de medio millón de dólares. Quien sea el asesino no le importa en absoluto. Ni siquiera piensa gastar un centavo en buscarlo.

—Hombre, por lo menos, éste es un crimen bonito, si sabes lo que quiero decir.

—Tan bonito que voy a descubrirlo yo, muchacho.

—Acabas de decir que los del seguro no quieren emplear un centavo en cazar al criminal. ¿Vas a trabajar gratis para ellos?

—Me pagarán, amiguito. Todo el dinero que pida.

—¿Quién?

—La hija del muerto. He hablado con ella.

—¡Cristo! Estás convirtiéndote en una laboriosa hormiguita, Green...

—Sólo para pagar los impuestos.

—Sí, ya sé. ¿Cuándo denunciarás el crimen «oficialmente»?

—Tan pronto como haya presentado mi informe a la compañía.

—Está bien, pero no lo demores demasiado. Ya sabes lo que eso podría significar para ti.

—Olvídalo. No pienso retener ninguna información... que no sea estrictamente necesaria.

Se dirigió a la puerta y aún oyó a Braham soltar un gruñido a sus espaldas. Antes de salir, se volvió y dijo:

—En cuanto a Michener, personalmente opino que está diciendo la verdad. El asesino loco aún está suelto, posiblemente preparando otro de sus golpes.

—Si mata otra vez habré de despedirme de mi chapa...

Pero Green ya no le escuchaba porque había desaparecido.

CAPÍTULO XIV

El señor Jackson estaba radiante. A Green no le hubiera sorprendido que el hombre le diera un abrazo fraternal después de escuchar su informe.

—Ha hecho usted un soberbio trabajo, Green —cacareó, entusiasmado—. La compañía no lo olvidará fácilmente. Desde ahora le garantizo que todos nuestros asuntos de compromiso le serán encargados a usted.

—Me he limitado a cumplir en mi trabajo, señor Jackson.

—Sí, claro..., pero de cualquier modo lo ha hecho usted muy bien y muy rápido. Me ocuparé también de que otras compañías le tengan en consideración.

Green contempló cómo el importante ejecutivo firmaba una orden de pago por mil dólares, y se levantó.

Mil dólares por unas cuantas horas de trabajo no estaba nada mal para empezar.

Dejó al señor Jackson relamiéndose por anticipado, imaginando la manera más espectacular de presentarse ante el consejo de administración de la compañía, para notificarles que gracias a él, a su perspicacia, se ahorran de pagar medio millón de dólares. Eso equivaldría a un buen ascenso, seguro.

El sol reverberaba en la calle y doraba el polvillo que flotaba suspendido en el aire. Green caminó hacia donde había dejado el coche.

Vio una cabina telefónica y se metió dentro. Estaba igual que un horno.

Discó el número de la policía y preguntó por el teniente Braham.

—Aquí Green —anunció.

—¿Cómo te va?

—De primera. Ya puedes considerar que he denunciado el asesinato del señor Conover. Sabes el método que Utilizaron, así

que apúntate ese tanto a tu favor.

—Pero en realidad el mérito es tuyo, Green...

—Acabo de cobrar por ese mérito. Mil dólares, así que habrás de conformarte con los laureles solamente.

—Ya veo...

—¿Qué hay de Michener?

—Firmó una confesión del asesinato de su esposa. No pudimos arrancarle nada respecto a los otros crímenes. No los cometió, ahora ya no me caben dudas.

—Eso quiere decir que estás como al principio...

—Poco más o menos. Llámame si tienes otra de tus brillantes ideas.

Green colgó. Estaba sudando. Encendió un cigarrillo, se metió en el coche y condujo hacia la residencia de los Conover.

La muchacha asintió con un gesto.

—Naturalmente que sostengo lo que le pedí anoche. Quiero que encuentre al criminal, señor Green. No importa lo que cueste.

—Debe comprender que eso no será tan fácil como descubrir el sistema que utilizó para su crimen...

—Lo sé.

—Está bien. Hablaré con el secretario de su padre, quizá él conozca a quienes podían odiar al señor Conover y eso sirva de punto de partida.

—Jellinek gozaba de la absoluta confianza de papá. Le ayudará en todo lo que pueda, estoy segura.

—Quisiera hacerle una pregunta que tal vez la moleste, pero la considero imprescindible, señorita Conover.

—Hágala. Y Llámeme Laurie, es más sencillo.

—De acuerdo, Laurie. ¿Tiene usted novio?

Ella enarcó las cejas a causa de la sorpresa.

—No... —murmuró—. ¿Qué tiene eso que ver con...?

Su voz se quebró. Había comprendido.

—Ciertamente, debo ir descartando posibles sospechosos, ¿entiende? Usted se ha convertido en una rica heredera al morir su padre.

—Comprendo, pero no hay nada de eso.

—Mejor así. Recuerde, si se le ocurre algo que pueda interesarme, llámeme. A cualquier hora.

—Lo haré.

Dejó a la muchacha y se dirigió a las oficinas de la compañía Conover, pero su entrevista con el estirado secretario llamado Jellinek no le aportó ninguna luz.

—El señor Conover no tenía enemigos —aseguró el secretario—. Era un hombre excelente, muy considerado incluso con sus competidores.

De modo que la cosa no se presentaba fácil. Confeccionó una lista de los lugares que el millonario solía frecuentar, hizo una relación de los nombres de quienes habían tenido más intimidad con él y se dispuso a empezar con la irritante rutina de esta clase de investigaciones.

Cuando llegó la noche había obtenido una gran cantidad de nada.

Fastidiado, cenó en cualquier parte y se encaminó a su apartamento.

Apenas entró oyó sonar el teléfono. Corrió al aparato, pero éste quedó mudo antes que pudiera descolgarlo.

Empezó a desnudarse para entrar en la ducha antes de acostarse. Pensó que debía llamar a Mónica Sheridan al hotel, pero estaba demasiado cansado. Pensó hacerlo después de la ducha.

Justo cuando estaba a punto de meterse bajo el chorro de agua caliente el teléfono replicó de nuevo.

Maldijo en voz alta y esta vez pudo cazarlo antes que quedara mudo.

—¡Hable! —Gruñó.

—¿Es usted el señor Green?

—El mismo.

—Aquí George, señor.

—¿George?

—El mayordomo de la señorita Conover.

—¡Oh, sí, ahora recuerdo! ¿Qué ocurre, George?

—Estoy llamándole desde hace mucho rato, señor, por encargo de la señorita.

—¿Por qué?

—Ella también intentó comunicar con usted antes de salir. Dijo que era importante.

—Sí, sí, ¿pero qué era lo que yo debía saber?

—Eso no lo dijo. Sólo que se dirigía al puente sobre el canal, en la calle Décima. Insistió en que usted debía...

—¿Por qué, quería que me reuniese con ella?

—Sí, señor. Dijo que era algo relacionado con el trabajo que le encargó.

—¡Está loca!

—¿Cómo dice, señor?

—Ese lugar, el puente de la calle Décima, es un sitio solitario, oscuro como la tinta... ¿Qué coche conduce?

—Un «Jaguar» de dos asientos, señor, de color rojo.

—Gracias.

Colgó y se precipitó a la puerta.

Cando despegó el coche de la acera lo hizo con tanta violencia que parte de las cubiertas quedaron adheridas al asfalto.

CAPÍTULO XV

Laurie se apeó del coche descapotado y miró en torno.

Sintió un ramalazo de temor porque a su alrededor todo era un pozo de sombras. Sobre su cabeza oía el zumbido de los coches al subir la rampa del puente sobre el canal, y bajo éste el suave susurro del, agua deslizándose mansa en las tinieblas.

Se estremeció. Comenzaba a arrepentirse de haber accedido a esa absurda cita.

Volvió a mirar en torno. Estaba sola y por un instante acarició la idea de meterse en el «Jaguar» y alejarse de esa soledad estremecedora.

Más allá del agazapado coche una sombra pareció desgajarse de las otras, más oscura si cabe, pero cuando Laurie se volvió, recelosa, la sombra quedó tan inmóvil que era imposible diferenciarla de la negrura reinante.

La muchacha se apoyó de espaldas a la carrocería y encendió un cigarrillo con mano temblorosa. Aspiró el humo dejando deslizarse el tiempo cada vez más impaciente.

La sombra, apenas visible, se deslizó como si flotara, informe con su gabardina y su sombrero.

Laurie miró su reloj de esfera fluorescente. Pasaban dos minutos de la hora.

Esperaría otros cinco, o el tiempo que tardase en fumar el cigarrillo, y luego se iría. Hablaría con el detective..., con Green. El sabría qué hacer y qué valor otorgar a una cosa semejante.

La sombra llegó al otro lado del coche, agazapada y tensa. Empezó a rodearlo infinitamente despacio, en completo silencio. En su mano derecha brilló fugazmente el acero de un cuchillo.

Laurie expelió el humo y de pronto quedó tensa y alerta. Había oído algo, tal vez un roce. O quizá sólo fuera un presentimiento.

Se volvió y lanzó un grito.

Ante ella, fantasmal como la muerte, se erguía aquella pesadilla informe. Vio el cuchillo en su mano y aquella cara aplastada de ojos fulgurantes a través del fino tejido de la media.

Intentó retroceder y entonces la muerte saltó.

Todo fue espantosamente rápido, como el chispazo fugaz de un relámpago. El cuchillo osciló sobre ella y Laurie disparó la mano aplastando la brasa del cigarrillo en la cara desfigurada por la media.

Hubo un grito agudo y en el acto el cuchillo cayó, hundiéndose en la carne suave de un cuerpo que acusó un salvaje estremecimiento antes de caer hacia atrás.

El asesino retiró el cuchillo y se llevó la otra mano a la cara. Soltó otro gruñido ante el dolor de la quemadura que le había abrasado la mejilla.

—Lo vas a pagar, perra —jadeó.

Levantó el cuchillo sobre el cuerpo inanimado. En alguna parte rugió el poderoso motor de un coche y los faros barrieron las tinieblas al girar, descubriendo el «Jaguar» estacionado y la siniestra figura agazapada.

El coche se precipitó como un rayo hacia el «Jaguar» cual si quisiera embestirlo. Sólo que frenó violentamente y Green saltó por encima de la portezuela.

—¡Quieto! —rugió—. ¡Quieto o disparo!

Eso era un farol, porque no llevaba arma alguna.

La sombra agazapada titubeó. A sus pies yacía la palpitante carne que deseaba lacerar por encima de todas las cosas de este mundo, pero el hombre se precipitaba velozmente contra él...

Giró y echó a correr. Perdió el sombrero y luego se esfumó en las tinieblas en el momento en que, en algún lugar, un motor arrancaba bruscamente. Luego sonó el golpe de una portezuela y simultáneamente el coche arrancó con un rechinar de neumáticos.

Green apenas podía creerlo.

Pero se desentendió del fugitivo para ocuparse de Laurie. Vio la cuchillada en el pecho, y la sangre, y la cara lívida de la muchacha.

Rugiendo enfurecido, la levantó en brazos, la llevó a su coche y salió disparado rumbo al hospital más próximo.

CAPÍTULO XVI

Braham irrumpió en la sala de espera como un huracán.

—¿Es cierto, Green? —jadeó—. ¿Le viste?

—No vi nada, sólo una sombra huyendo. Pero había una muchacha en el suelo, desangrándose, de modo que hube de ocuparme de ella.

—Claro... ¿Ha recobrado el conocimiento?

—Aún no. Le han aplicado sedantes, después de la intervención quirúrgica.

—¡Maldito demonio! Nunca puede uno saber dónde descargará su siguiente golpe, ni qué le dicta su podrido cerebro...

—Nada de podrido, Braham.

—¿Cómo? Pero, hombre, el tipo tiene grillos en la cabeza, no puede ser de otro modo.

—Tampoco es un tipo solo.

El teniente le miró, preocupado.

—Oye, Green, ¿te encuentras bien, seguro?

—Perfectamente.

—Entonces, por amor de Dios, deja de decir tonterías. Todos sabemos cómo trabajan esos chiflados. Siempre solos como perros rabiosos...

—Ése es diferente. Escucha, le vi huir y perdió el sombrero...

—Nuestros peritos del laboratorio están trabajando con él ahora.

—Bien, no se detuvo. Oí ponerse en marcha el motor de un coche cuando el tipo aún corría. Después sonó la portezuela al cerrarse, y ahora escúchame bien... El coche arrancó de estampida cuando se cerraba la portezuela. Todo fue simultáneo. El golpe y la salvaje arrancada. Había alguien esperando ante el volante, ¿comprendes?

—Es increíble... ¿No podría tratarse de otro coche? Algunas parejas estacionan en la oscuridad para darse el lote, ya sabes...

—Olvidalo. Hay dos asesinos, Braham.

Éste se llevó las manos a la cabeza.

—¡El delirio! —gimió—. No era suficiente un carnicero suelto por las calles... ¡Oh, no! Eso habría sido demasiado fácil para los tontos polizontes... ¡Habían de ser dos! Dos matarifes asquerosos armados de un cuchillo...

—Tómalo con calma. Esta vez han cometido un error, y ya no volverán a matar.

—¿Cómo infiernos puedes estar seguro de eso?

—Porque sé quiénes son. Cuando haya hablado con Laurie estaré en condiciones de... Oye, se te olvidó cerrar la boca, teniente.

Braham la cerró de golpe. Sus dientes chascaron igual que un cepo.

—¿Qué dijiste antes?

—Te entregaré a esas hienas cuando haya hablado con la muchacha.

Braham sintió tentaciones de estrangularlo.

—¿Y por qué no ahora?

—Tómalo con calma. Ya no hay prisa. Te aseguro que no volverán a matar.

Laurie tardó casi dos horas en recobrar el reconocimiento.

Para entonces, los dos hombres estaban al lado de la cama, mirándola esperanzados.

—Laurie...

—Green..., señor Green...

—No hables o los médicos nos echarán de aquí. Aseguran que te pondrás bien en unos días.

—Yo... yo... fue espantoso...

—Lo sé. Voy a hacerte unas preguntas. Responde lo más breve que puedas. ¿De acuerdo?

—Sí...

—Te llamaron por teléfono citándote en aquel lugar, bajo la rampa del puente. ¿Qué te dijeron, por qué fuiste allí?

—La voz dijo que... que sabía cosas sobre la muerte de papá...

—Ya veo. ¿Cómo era la voz?

—Extraña..., metálica...

—¿Qué viste cuando el asesino te atacó?

—Nada..., llevaba una media sobre la cara... pero se la quemé...

Los dos hombres casi se echaron sobre la cama.

—¿Qué hiciste qué? —barbotó Green.

—Estaba fumando..., le aplasté el cigarrillo en la cara y él gritó...

—¡Bravo, le marcaste!

—Pero... ¿por qué? No entiendo...

—Lo entenderás cuando salgas del hospital y te presente mi factura. Pienso hacer un agujero en tu fortuna tan grande como un túnel de ferrocarril. Ahora descansa y tranquilízate. Ya no tienes nada que temer.

—Pero usted... usted sabe...

—Sí, Laurie. Y esa quemadura será la prueba definitiva para que no haya dudas.

Ella tendió la mano que temblaba, apenas sin fuerzas.

Green la sujetó entre las suyas y se enfrentó a los grandes ojos, casi de niña, rebosantes de ternura.

—Gracias —susurró la muchacha—. Le debo... la vida.

—Y un puñado de dólares —bromeó él tratando de animarla—. Olvídalo. Estoy haciendo un trabajo para ti, pequeña.

Depositó la mano sobre las sábanas, hizo una seña a Braham y ambos abandonaron silenciosamente la habitación del hospital.

Junto a la puerta, en el pasillo, un policía uniformado montaba guardia.

—Ahora, escúpelo, tipo listo, e te tiro escaleras abajo.

—Hay ascensor aquí.

—¡Al grano!

—Bueno, en cierto modo, la cosa es como yo la había imaginado con Michener de protagonista. Sólo que Michener sólo trató de aprovechar la obra de otros, colar un asesinato, para decirlo de otro modo. Lo cierto es que la cadena de crímenes se tramó para encubrir la muerte de esa chica, Laurie Conover.

—Supongo que todo eso será algo más que una simple teoría.

—Míralo desde mi punto de vista. El padre de Laurie era un tipo rico, millonario. Me lo confirmó su secretario particular, un tipejo estirado como un muelle. Había que eliminarlo a fin de que su hija heredase los millones de papá, pero debía ser una muerte accidental. Casi salió bien... Casi. Nadie pudo contar con que un ambicioso ejecutivo de la compañía de seguros agotaría hasta el

último recurso para no pagar y ganar méritos para un ascenso.

—No te detengas ahora. La chica ya ha heredado. ¿Qué pasa si ella muere?

—Que otros la heredan a ella.

Braham se detuvo en seco cuando iba a abandonar el ascensor.

—¡Infiernos! No puede ser tan sencillo.

—Es sencillo ahora, porque fallaron el golpe. Pero imagina que ella acude a ese lugar sin decírselo a nadie. Imagina que la matan del mismo modo que a las otras... ¿Qué habrías dicho?

—Ya... Otro crimen del loco carnicero.

—Ahí tienes. La idea era excelente.

Afuera esperaba el coche de Green, y un poco más allá, aparcado en un lugar prohibido, el del teniente. Sobre el parabrisas de éste había la papeleta de una multa.

—Esos malditos pies planos la tienen tomada conmigo —barbotó—. Al diablo. Vamos en tu coche.

Daley condujo velozmente y cuando estuvo en medio de la riada de tráfico, dijo:

—Laurie no tiene otros parientes que dos primas. Mientras estuve esperando en el hospital hice un par de llamadas. Si Laurie muere, ellas heredan todo.

—Ya veo... y apenas puedo creerlo. Se necesita la mente retorcida del propio Satanás para idear una cosa así...

—Bueno, según el secretario particular del difunto Conover, esas dos damitas son más retorcidas que un sacacorchos. Le amargaron la vida a su tío sacándole dinero con mil artimañas, hasta que se hartó y las mandó a paseo. Incluso prohibió a su hija que se relacionara con ellas.

—Angelitos... —rechinó Braham entre dientes.

—Con cuernos y rabo más bien. Si mis teorías son ciertas, una de ellas tiene ahora una profunda quemadura en la mejilla. Eso te servirá de punto de partida para crucificarlas... Lo único que lamento es no poderlas hacer pedazos con mis propias manos. Si se tratara de un hombre, Braham, ahora estaría viajando yo solo a su encuentro.

—Sí, ya lo imagino.

—Aquí es, si el secretario no estaba equivocado.

Descendieron del coche delante de un edificio de apartamentos

de medio pelo. Había una ristra de buzones en la entrada y Green localizó el apartamento de las dos hermanas.

Mientras subían en silencio murmuró, esperanzado:

—Tal vez se resistan...

Aplicaron el oído sobre la puerta. Braham musitó:

—No pueden sospechar que las hemos identificado...

—Pues se oye mucho movimiento de pies. Van de un lado a otro. Apuesto que están haciendo el equipaje.

Braham examinó la cerradura y la puerta. Apartamentos baratos, puertas baratas.

Tomó impulso y se arrojó contra la madera con el empuje de un tanque.

La madera crujió y cuando Braham trastabillaba en el interior ya tenía su enorme «45» de reglamento en la mano.

Desde la puerta rota, Green contempló la escena como un espectador privilegiado.

Dos mujeres de unos veinticinco años miraban empavorecidas al teniente y su enorme pistola. Una de ellas llevaba un parche adhesivo sobre la mejilla, y por debajo se deslizaba una gotita de sangre.

Braham gruñó:

—Las detengo en nombre de la ley, acusadas de dos asesinatos y un intento de asesinato. ¿He de recitarles sus derechos, o han visto ya la televisión y los saben de memoria?

Las dos se miraron. Se oyó el salvaje rechinar de sus dientes.

Luego, una giró sobre los talones y se precipitó sobre una maleta. Hundió la mano en ella.

Braham no pareció alterarse. Sólo esperó.

Cuando la mujer se volvió empuñando un revólver, él tiró del gatillo y la pistola retumbó como una bomba dentro de las escuálidas paredes.

El revólver y la mano de la asesina desaparecieron en el aire entre salpicaduras de sangre y huesos triturados.

Braham la vio desplomarse, revolcándose en el suelo, y sus ojos inmisericordes se clavaron en la otra.

—¿No quieres intentar nada por tu parte, zorra del demonio? Vamos, haz algo..., cualquier cosa para que yo pueda darte un poco de plomo.

—No me moveré. Tendrá que matarme a sangre fría.

—Ojalá pudiera —dijo el teniente, compungido—. Y que Dios me perdone. Ponles las esposas, Green. Están en mi bolsillo trasero.

A partir de aquel momento todo fue pura rutina. Llegaron más policías y se llevaron a las dos harpías, pusieron un poco de orden en el manicomio en que se había convertido todo el edificio, y luego sellaron el apartamento, después de registrarlo. Así encontraron el cuchillo, las medias cortadas, la gabardina y unos zapatos de hombre con sangre seca en la suela, utilizados para hacer creer que era un hombre el asesino.

Cuando Green abandonó el escenario del siniestro epílogo, estaba seguro que su carrera había empezado con excelente pie.

A pesar de toda la sangre y la muerte, de todo aquello quedaba algo hermoso y limpio.

Se llamaba Mónica y estaba esperándole en un hotel.

Tomó el coche y fue a su encuentro.

FIN

¡LORENA!

¡LA OBRA MÁS IMPORTANTE DE CORÍN TELLADO!

¡UNA MUCHACHA PARA LA QUE NO PUEDE EXISTIR LA PAZ! UN TERRIBLE PASADO LA EMPUJA HACIA EL FANGO. ¿RESISTIRÁ LA POBRE LORENA TODAS LAS ASECHANZAS?

SIGA SUS DESVENTURAS; SUS AMORÍOS; SUS PROBLEMAS, EN LA SERIE SEMANAL QUE PUBLICA, CON FOTOGRAFÍAS, EDITORIAL BRUGUERA



ESCUCHE LA VERSIÓN RADIOFÓNICA DEL SERIAL "LORENA," POR TODAS LAS EMISORIAS DE LA REM-CAR Y CES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

